

# EL MUNDO PINTORESCO.

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



## PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.  
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.  
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 40.—30 Setiembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

## SUMARIO.

Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—La estrella de la tarde, por don Ramon Real de Mendoza. (conclusion.)—La alondra y el águila (poesía), por don Enrique Hernandez.—El ambicioso por amor.—El baston de diamante—York, por F. (conclusion.)—Las fiestas del 15 de agosto en París.—Amor gramático (poesía), por don J. M. Lacort.—Las hadas y sus hechizos: cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento octavo: historia tercera.)—Variedades, por don V. Joaquin Pastus.—Epigrama, por don J. Garcia de la Foz.

LÁMINAS. Las flores son el encanto de la primavera.—Columna de Julio, plaza de la Bastilla, en París.—Panteon de los señores condes de Tepa.—Fuente del Campo del Moro, en Madrid.

## REVISTA DE MADRID.

Humo.—Oro.—(Míreme V. á la cabeza).—¡Viva la erudicion!—Rayos y truenos.—Terremotos.—El Monarca Cenobita.—Que T. P. B.—El Circo.—La Zarzuela.—Punto.

Sr. D. R. R. de Mendoza.

Mi querido amigo: Segun la mas recibida opinion de los autores—aunque yo llevo la contraria, como diria un Galeno,—para hacer una revista debe el revistero sentarse con toda comodidad, fumar un cigarro que le envuelva en densas nubes de aromático humo, mojar la pluma, enristrar el pensamiento y embestir con el ejército de sucesos que registre en su historia la semana ó quincena que se reviste, dando preferencia á los importantes y tocando alguno que otro que no lo sea, porque de cada uno debe hablarse un poco, para hablar un poco con cada uno, que los sucesos se parecen á los pensamientos como los pensamientos al oro y al cobre, y segun decia el bueno de Milord Chesterfield: (viva la erudicion; y el que no sepa quien fué este sugeto, que lo averigüe), si solo se sacan á plaza pensamientos de oro, plaza habrá en que no se halle cambio, y es necesario llevarlos de oro y de cobre para evitar esta contingencia.

No deduzca V. de esto que yo tengo la pedantería de creer que dispongo de pensamientos de oro, porque me refiero á los sucesos y los sucesos no son míos, que son de ese imperturbable viejo que llaman tiempo, y además, si yo tuviese pensamientos de oro me guardaria muy bien de darlos, que no se me oculta lo que vale este metal precioso. Pero dejando esto á un lado, que yo como filósofo novel, menosprecio el vil oro (míreme V. á la cabeza), hablemos de lo que hace al caso.

Notará V. que ahora no me ocupo como antes de los cocheros que importunan á los transeuntes con sus eternas filas de vehículos unidos de extremo á extremo, sin dejar los huecos que está mandado para que puedan cruzar entre coche y coche dos personas; ni del estado de las calles, ni de las mingitorias; ni de los gimnastas del Prado; ni de las tertulias al aire libre; ni de asuntos de esta clase, y se lo explicaré V. fácilmente considerando que el aliento del Guadarrama ha sido el mejor agente municipal para corregir muchos de ellos, y que yo, huyendo como todos de sus malas maneras, hago las revistas en mi casa y en sitios abrigados, y no en las calles y paseos, de los que no se disfruta tanto, porque el horizonte se ha presentado estos dias cargado y nebuloso, y hasta preñado de rayos que con lamentos de truenos aborta tenebroso, como diria Góngora.

Y conste que no aludo á *El Horizonte*, periódico político, que aunque cambió tambien, presenta un aspecto cismático de que no me es dado hablar, y funesto para este desventurado pais, tan bueno y honrado como desgraciado padre.

Hecha esta explicacion, no estrañará V. que yo haga la revista en una butaca del teatro del Príncipe, en otra del



Las flores son el encanto de la primavera: la inocencia es el encanto de la muger.

Circo, en otra de la Zarzuela y en esta de mi morada, en que estoy sumergido como un Papa.

En la del teatro del Príncipe veo *El Monarca cenobita*, drama en tres actos y en verso; primera produccion de don Juan Miguel de Losada, á quien los lectores de *El Mundo Pintoresco* ya conocian por los escritos que en él ha dado á luz.

A quien como primera produccion presenta un drama con buenos versos y notables pensamientos, solo deben tributársele aplausos, que son el estímulo del genio, para que produzca los ricos frutos que de tan favorecida inteligencia debe el público prometerse.

Yo siento no ser autoridad para que mi beneplácito pudiera serle mas agradable y le prestase nuevos bríos; pero ya que así no sea, me valdré de esta misma humildad mia para decir á V. con mas libertad mi opinion, respecto á lo que ha podido, segun yo entiendo, ser causa de que este drama no haya obtenido un éxito mas ruidoso.

Hay en todo él esparcido un sabor político contemporáneo, que por mas que sea del gusto de cierta clase de público, es muy ageno de la época en que tiene efecto la accion: la insolencia del capitan con el emperador es de todo punto inconcebible, aun prescindiendo del tiempo en que se supone. ¿Cómo don Juan, hijo y educado por un caballero tan de la confianza del emperador, que obtuvo el encargo de educar tambien á don Juan de Austria, pudo durante la guerra renegar de sus ideas y de las de sus padres, y mas que todo, de una religion mas buena? Esto podrá ser verosímil; pero yo no lo concibo.

En el primer acto, sin haber sido víctima de ninguna injusticia, solo por una intervencion ó un mandato que la edad misma autorizaba, sin qué ni para qué, en un arranque de ardor juvenil, le dice don Juan al Emperador: que apelaré de su fallo al pueblo, que si el pueblo dá coronas, el pueblo tambien las quita.

¿Qué mas le podria haber dicho á un rey, en nuestro tiempo, el desgraciado Sixto Cámara?

¿Se concibe esto dicho al Emperador del mundo ó de los mundos, á una figura tan alta entre las mas altas, despues de su brillante reinado, despues de apagadas con glorias y mas glorias las discordias que promovieron á su subida al trono, no tanto las ideas políticas como la indignacion de

los españoles, que veian los principales cargos del Estado en manos extranjeras?

El carácter de don Juan será de este siglo, pero no de aquel.

Tampoco al Emperador creo bien caracterizado, porque si lo está como Emperador pierde como cenobita, cuyo carácter religioso debia hacer que se prometiera en favor del catolicismo, mas de Dios que de su espada, y no debia suponer inepto para su propósito á Felipe II, de quien su padre al retirarse á Yuste sabia lo que podria prometerse. En este carácter que tanto se afecta con una mala nueva, no se reconoce al padre del que recibiendo la noticia de la destruccion de la Escuadra Invenible contestó con tanta serenidad:

«No la mandé á luchar con la tempestad sino con los hombres.»

Estrella que se presenta con un amor tan firme y constante, que se promete el espectador una doña Isabel de Segura, con cuatro palabras que el marqués, que es rival de don Juan la dice, no se deja persuadir, se persuade á sí misma, y le entrega el cordon, señal de su compromiso, entrega que tampoco está justificada anteriormente, y que tiene tan poco objeto que se podia haber escusado: además tiene Estrella al final un rasgo de energia de la que no ha dado antes muestra.

El marqués es un buen tipo lleno de nobleza y caballerosidad, y el mejor delineado de todos.

El éxito notable del drama está en los pensamientos filosóficos de que abunda, que prueban el talento del autor, y en su versificacion que es muy armoniosa.

Yo siento extraordinariamente que los que tienen medios y dotes para hacerse aplaudir, con legítimos recursos escénicos, acudan en el drama, prescindiendo de la propiedad, á halagar ciertas tendencias que mucho público aplaude, pero no constituyen mérito de ninguna clase, antes pueden llevarlas mas allá, ocasionar conflictos.

Todo esto, querido Mendoza, es lo que recuerdo de una vez que he visto esta produccion; sentiria haber incurrido en algun error en perjuicio de ella respecto á la opinion que V. forme: de su ejecucion diré á V. que la señora Lamadrid estuvo como acostumbra, inspirada; el señor Delgado caracterizó notablemente á Carlos V, y los señores Pastrana y Caseñer, bien.

En la pieza *El amante prestado*, oí una frase al señor Fernandez, que no hubiera creido que se pronunciase en la escena, y creo que dicho señor debiera abstenerse de esas libertades.

Es tal, que no me atrevo á decirselo á V.: se la daré en geroglífico: al final de una carta dirigida á una chica, en vez de leer su amante, que sus piés besa, lee solo que T. P. B. las letras cada una como suena, á fuer de Bartolo con mucha naturalidad; pero hay ciertas cosas muy naturales, y que sin embargo, no pueden hacerse ó decirse en público. Si el señor Fernandez tuviera cariño al arte que profesa, no le rebajaria de ese modo.

En la butaca del teatro del Circo, ví la ejecucion de *Marina* y *El último mono*, zarzuelas conocidas ya del público, en las que se ha dado á conocer el señor Cresej, á quien el público recibió con aplauso: tiene una voz fuerte, pero un sí es no es áspera, y como actor espero verle en obras de otra indole para decirle á V. lo que me parece.

En la butaca de la Zarzuela ví á la señorita Ramos, que es cuanto hay que ver, porque hechiza cuando habla, y canta hechiceramente.

El nuevo pasillo del señor Serra *Nadie se muere cuando Dios no quiere*, con decir que es suyo queda dicho que es encantador y delicioso.

Y por último, en mi butaca veo llenas diez cuartillas, que creo que es lo mas que debe ocupar una revista para no abusar de V. y de las personas á quien se la dé V. á leer, y por lo tanto juzgo prudente dar aquí punto.

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

## LA ESTRELLA DE LA TARDE.

(Conclusion.)

## IV.

No se ofrecía á los ojos de Inocencia aquella tarde el cuadro embelesador de la precedente.

Verdad era que en la presente ocasion la conducía allí otro móvil.

Fija su mente en una sola idea, todo lo que no se refiriera á este mismo pensamiento, era entonces para ella de un interés secundario.

Por eso concentró una y muchas veces su vista en el mirador inmediato, pero sin resultado, porque nada vió que calmase su ansiedad.

Parecióle entonces que reinaba en torno suyo cierta oscuridad: las agradables brisas que otros días llegaban del lado de la costa, sentíalas en esta ocasion pesadas, cálidas, y le producían un malestar inexplicable: el paisaje que abarcaba con su mirada era árido; era una vasta é inmensa llanura sin una fuente donde apagar la sed, sin una flor que lo poetizase, sin una planta silvestre que embalsamara su atmósfera.

Y és, que Inocencia abarcaba el espacio con los ojos de la imaginación, y su imaginación estaba en aquellos instantes ciega.

De repente tropezaron sus pies con un rollo de papel, que apresuradamente se bajó á tomar, lanzando una exclamación de gozo luego que le tuvo entre sus manos.

El corazón le aseguraba que su contenido era para ella todo un mundo de ilusiones, era lo que no hubiera cambiado por la cosa de mas precio; debía ser la aclaración de esa idea que la preocupaba dominando sus sentidos.

Y así era verdad.

Desató la cinta con que venía asegurado, y desprendióse un papel que cogió y guardó cuidadosamente, interin proseguía desarrollando un papel mayor, que era el que constituía el rollo.

—¡Oh! Era él. Mi corazón me lo decía:—repite loca de contento luego que habiéndole extendido completamente, se puso á examinarlo.

Aquel papel era una vista deliciosa, un panorama encantador, á cuyo pié se leía el nombre de Armando; era esa magnífica puesta del sol que Inocencia estuvo contemplando la tarde anterior con todos sus toques, con toda la armonía que ella adivinó en sus diversos, múltiples y sorprendentes colores.

—Este mismo era mi pensamiento,—prosiguió diciendo sin desviar sus ojos del papel.—Oculto casi completamente el sol, son mas suaves las tintas, pero mas agradables. El adivinaba mi deseo; sí, mas... ¿Qué es esto? También figura aquí yo dibujando junto al balconillo del mirador... Esto és; el planeta Venus se encuentra también en un claro azulado que dejan las nubes: ¡Oh! nada ha olvidado: es una vista encantadora.

Todavía prosiguió la jóven, recreándose en los pormenores de aquel dibujo; mas de allí á poco, satisfecha su curiosidad y afición, sacó el otro papel, que antes había guardado, y se puso á leerle.

Decía así:

«No debería turbar, Inocencia, vuestra tranquilidad, cuando tal vez, no haceis memoria del infeliz Armando. Un año hace que os amo, ¿lo recordais? pero no os lo había confesado, y necesitaba decirlo que sois mi constante pensamiento, y que os debo desde entonces mi vida. Sin vuestro recuerdo, sin la esperanza de volver á veros habría sucumbido ya á la horrible enfermedad que me consume. Os he visto acaso por la última vez, y esta ha sido la postrera de mis felicidades en el mundo. Ahora ya puedo morir, mas no sin dejaros un recuerdo. Dibujabais ayer una deliciosa perspectiva, y he querido imitaros, así mi memoria tendrá el mérito de ser también pensamiento vuestro. Los médicos han resuelto mi partida á otros baños, y hoy mismo marchó, porque solo allí dicen, pueden hallar término mis dolencias. ¿Qué término será este cuando la naturaleza de mi enfermedad no les permite abrigar grandes esperanzas? Solo Dios lo sabe. Entre tanto si os interesa mi porvenir, os ruego que diariamente mireis esa estrella que al anochecer brilla en Occidente. En ella leereis mi destino, y en ella leeré también el vuestro; fijas así nuestras miradas en un mismo punto y á una hora concertada, nuestros pensamientos se encontrarán por inmensas que sean las distancias que nos separen.»

Tal era el contenido de aquella hoja que leyó entre suspiros y volvió á leer derramando lágrimas la desdichada Inocencia.

Fijaba su cariño, ese primer amor, cuyo recuerdo no nos abandona en la vida, en un hombre que le inspiraba secreta simpatía, y el destino iba á hacer ilusoria su felicidad, pues harto se le alcanzaba la poca salud de Armando, y sobradamente era de temer una desgracia.

Por eso, apenas comenzaba á gustar el placer de recrearse en los sueños de un porvenir lleno de venturosas ilusiones, la desgracia daba un nuevo giro á sus esperanzas, concediéndole tan solo lágrimas en abundancia para llorar su infortunio.

## V.

Desde el siguiente día, todas las tardes, después de puesto el sol, consagraba Inocencia algunas horas al recuerdo de su amante.

Admiraba la pintura que le había regalado y encontraba en ella, cada día, nuevas y deliciosas armonías; después subía al mirador y se recreaba en la contemplación del mas

brillante de los planetas, de esa deslumbradora estrella en que esperaba leer el destino de Armando.

Nada de extraño llegó á llamar su atención en los primeros días á pesar de que la siguió con la vista en su ordinaria carrera.

Veíala aparecer primero con escaso brillo, á poco de haberse hundido el sol en el Ocaso; luego á medida que huía la luz del crepúsculo percibíala clara y resplandeciente, y por último, cuando el velo de la noche se extendía, se pultando á la tierra entre sus sombras, divisaba su luz blanca y esplendorosa y la seguía con angustiosa incertidumbre hasta que trasponía el horizonte: entonces asomaba una lágrima á sus párpados, ó articulaba un ¡ay! doloroso, entre mas dolorosos suspiros.

Un día llegó al fin en que creyó encontrar motivo para dar entrada en su pecho á la alegría.

Bien fuese por un extraño contraste que produjeron los colores de los últimos crepúsculos vespertinos, bien por una alucinación de sus sentidos, Inocencia advirtió en la estrella una cosa extraordinaria: entre mas brillantes resplandores que de ordinario, distinguió dos vivos y penetrantes reflejos, cuya luz aumentaba de momento en momento, y parecía venir dirigida sobre ella; fijándose mas y mas, vió que los focos de estos rayos eran dos hermosos y apasionados ojos que la miraban atentamente, y por último empezó á percibir, y quedaron á poco delineados, los rasgos de una fisonomía dulce y espresiva, en la cual, ya sin sorpresa, reconoció la fisonomía de Armando. Verdadera ilusión de la fantasía sin duda, pero ilusión que labraba su felicidad, concediéndole inmensa y desconocida dicha.

Gozóse, pues, en ella mientras el planeta permaneció á su vista, y cuando su ilusión tuvo término volvió á entregarse á sus recuerdos, que eran para su alma como bellas flores que nacen en terreno virgen y fecundo.

A contar desde este día, en todos los siguientes miró Inocencia reproducirse tan extraña representación, y nada era comparable á su contento porque diariamente sabía de Armando.

Si á esto se agrega, que había recibido una carta de este en que le participaba su desdicha por no haberle permitido su estado contemplar el cielo durante el viaje, se comprenderá fácilmente, de qué manera se explicaba la jóven el ningún resultado de sus observaciones en los primeros días, y la satisfacción con que miraba cumplidos los últimos deseos de su amante. Pues añadamos por otra parte, que en la misma carta se mostraba Armando complacido y feliz porque había leído en el planeta la venturosa correspondencia de su amada, y tendremos por indudable que el cariño de estos seres se desarrollaba mas y mas, á medida que comprendían respectivamente la felicidad del uno dependiente de la del otro.

De este modo trascurrió algun tiempo; Armando sin adelantar nada en su salud, aunque moralmente feliz al saber, cuán bien amado era por una criatura tan angelical como Inocencia, y ésta participando de una melancólica ternura algunas veces, llena de satisfacción y contento otras, según el grado de mayor ó menor lucidez que encontraba cada tarde en las miradas de su amante.

Porque, ya lo hemos dicho, uno y otro se entendían, comunicándose sus pensamientos y sus esperanzas, por conducto de su estrella.

Venus era su mensajero de amor, ni mas ni menos que si tuviera el poder de fotografiar del uno para el otro, no solo su semblante sino las palabras y hasta sus mas íntimos deseos.

Si alguna vez la triste situación del doliente Armando no le permitía ir á departir con la estrella mensajera, la pobre niña notaba su falta, y ya no había consuelos para ella; las lágrimas se agolpaban á su ojos sin poder reprimirlas, y en el siguiente día advertía el enfermo su melancolía y procuraba satisfacer sus quejas.

¿Quién era capaz de llenar tan cumplidamente la misión de la mensajera de este amor?

Mas este estado, de mútua satisfacción y quebranto á la vez, duraba mucho tiempo; y para dos seres que simpatizan y llegan á identificarse por medio del mas puro y acendrado amor, la intranquilidad es un tormento cruel, y la demora en la realización de sus esperanzas una agonía lenta en que se consumen.

Acaso Inocencia se entregaba demasiado pronto á ilusorios ensueños: Armando se asustaba de su porvenir, porque no podía separar de su pensamiento el estado delicado de su salud.

## VI.

Las lágrimas que surcaban las mejillas de la jóven, decían bien claramente su pesar.

¿Eran acaso menos satisfactorias que las de otros días las noticias que recibiera?

De ningún modo.

Lo que producía entonces su quebranto, era una cosa muy natural.

Algunas nubes, amontonadas en el ocaso, habían impedido varias tardes su diaria contemplación; y esto que, cuando mas debería sumirla en la incertidumbre, la angustiaba de un modo horrible, sospechando la mas espantosa de las desgracias.

Después otros fundamentos vinieron á alarmarla.

Sus sospechas, que eran, sin duda, un presentimiento del corazón, pudieron tener entonces en que apoyarse, porque la estrella, su mensajera de amor, volvió á aparecer uno y muchos días continuados, sin presentar á Inocencia signo alguno en donde observar el estado de Armando.

¿Qué era lo que había sucedido?

Vamos á saberlo.

En la tarde siguiente apresuróse la niña, como de costumbre, á consultar el cielo, de donde, por mas extraño

que le pareciera cuanto divisara, no separó un punto la vista, temerosa de perder la menor señal.

Entonces, es decir, desde el primer momento, la estrella tomó á sus ojos un tinte lívido: de su pura brillantez no se desprendían como de ordinario vívidos reflejos; esos dos focos de luz que despedían, noches antes, representados allí los ojos de Armando, no irradiaban ni llegaban como otras veces hasta ella para ofuscar su vista: una sombra en fin, de siniestro aspecto pasaba ocultando momentáneamente al planeta, y volvía á pasar de nuevo, y otra vez, y ciento, representando en cada una un objeto y color distinto, aunque siempre triste y amenazador.

Inocencia creía advertir en aquella sombra cuando la veía aparecer de color de púrpura, un especie de manto recamado con figuras extrañas, en cuyo centro leía «Armando;» otras veces divisaba una urna cineraria, en uno de cuyos lados tenia esculpidos signos y caracteres simbolizando la realidad de esa nada de donde nace el mortal y adonde vuelve al terminar su existencia, y otras, por fin, distinguía una figura pálida, de ojos hundidos y cadavéricos, que la llamaba hácia sí, y llevaba una de sus manos al corazón, mientras con la otra señalaba el cielo.

De esta manera y hasta que la estrella fué á trasponer el horizonte, no cesó de presentarse á la vista de la atribulada jóven la idea de la muerte de Armando.

Para ella era un anuncio evidente el de la estrella.

Armando había dejado de existir.

¿Cómo podía dudar de esta noticia?

Ya fuese por una alucinación de sus sentidos, ó ya por uno de esos tristes presentimientos que acojemos con afán, la imaginaria forma y colorido que habían tomado los objetos á sus ojos en los días anteriores ¿no habían venido á ser una especie de profecía bien pronto confirmada?

¿Qué podía hacer entonces, sino entregarse á esa desgarradora idea de muerte, que le arrancaba lágrimas del alma?

Por eso Inocencia lloró amargamente su desventura, y cuando ocho días después recibió una carta en que por encargo que hizo Armando antes de morir, se la comunicaba la noticia de su fallecimiento, mostróse resignada, decidida á llevar á cabo el pensamiento que había formado para lo sucesivo.

Desde entonces, retiróse al convento donde se educó; procurando buscar en la religión, única fuente de consuelo en nuestras tribulaciones, la fortaleza que le habían robado sus desgracias; y aun cuando no pronunció allí los votos eternos, consagróse enteramente á Dios, destinando tan solo las últimas horas del día al recuerdo de Armando, recuerdo que vive aun perenne, puesto que diariamente vá á contemplar la estrella de la tarde, fiel mensajera de su único y verdadero amor.

RAMON REAL DE MENDOZA.

## LA ALONDRA Y EL ÁGUILA.

EN EL ALBUM DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Al despuntar la aurora  
de una mañana pura y trasparente,  
su nido abandonando  
una alondra inocente  
tiende las alas y remonta el vuelo,  
horizonte sin límites buscando  
á su cantar en la region del cielo.

Desde la enhiesta cumbre  
la ve partir un águila; se lanza  
tras ella; ya la alcanza; ya la acosa;  
mas truena la tormenta en lontananza,  
y abate el vuelo por el rayo herida,  
mientras la alondra junto al sol se posa  
y bebe el fuego de la eterna vida.

Así tú! de la ciencia  
de Homero y de Rioja alzaste un día  
las tiernas alas del Eden vedado;  
y vencedora de la lucha impía  
que la pujanza de tu genio abona,  
hoy te contempla el mundo despechado  
la frente orlada de inmortal corona.

ENRIQUE HERNANDEZ.

## EL AMBICIOSO POR AMOR.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

## I.

En 1823, dos jóvenes que se habían dado por tema de viaje recorrer la Suiza, una bella mañana del mes de julio partieron de Lucerna en una barca que conducían tres remeros, y se dirigían á Fluelen, con ánimo de detenerse en todos los lugares célebres del lago de los Cuatro-Cantos. Los paisajes que desde Lucerna á Fluelen circuyen las aguas, presentan todas las combinaciones que la imaginación mas caprichosa puede pedir á las montañas y á los ríos, á los lagos y á las rocas, á los arroyos y á los prados,

á los árboles y á los torrentes. Se ofrecían á la vista austeras soledades y graciosos promontorios, valles frescos y risueños, florestas colocadas como un penacho sobre el granito cortado rectamente, abiertas bahías frescas y solitarias, valles cuyos tesoros sirven para embellecer la vaguedad de los sueños. Al pasar delante de la encantadora villa de Gersau, uno de los dos amigos miró detenidamente una casa de madera recién construida, rodeada de una empalizada, asentada en un promontorio y casi bañada por las aguas. Cuando la barca estuvo enfrente, una cabeza de mujer se alzó del fondo de la habitación que se hallaba en el último piso de aquella casa, para gozar el efecto que hacia la barca sobre el lago. Uno de los jóvenes se apercebó de aquella mirada bastante indiferente de la desconocida. —Detenémonos aquí, dijo á su amigo; queríamos tener nuestro cuartel general en Lucerna para visitar la Suiza; pero tú no llevarás á mal, mi querido Leopoldo, que mude de parecer y que me quede aquí. Haz tú lo que quieras, mi viaje está terminado. ¡Marineros! virad de bordo y desembarquemos en esta villa. Vamos á almorzar, dijo dirigiéndose á Leopoldo, iré á Lucerna á buscar nuestros equipajes, y ya sabrás, antes de partir de aquí, la casa donde me hospedo, para que me encuentres á tu vuelta. —Aquí ó en Lucerna, dijo Leopoldo, me es igual para impedirte ó no que obedezcas á un capricho.

Estos dos jóvenes eran amigos en la verdadera acepción de la palabra. Tenían la misma edad, habían estudiado juntos; y después de concluida la carrera de jurisprudencia, empleaban sus vacaciones en el viaje clásico de la Suiza. Leopoldo, obedeciendo á la voluntad paterna estaba ya destinado en el estudio de un notario de París: su carácter recto, su dulzura, la calma de sus sentidos y de su inteligencia, garantizaban su docilidad; así es que Leopoldo se consideraba notario en París, porque su vida se presentaba á sus ojos, como uno de esos largos caminos que atraviesan una llanura de la Francia, y abrazaba su destino con una resignación llena de filosofía. El carácter de su compañero, á quien llamaremos Rodolfo, ofrecía un contraste con el suyo, cuyo antagonismo tuvo por resultado estrechar mas los lazos que los unían. Rodolfo era hijo natural de un gran señor, á quien sorprendió una muerte prematura, sin haber podido hacer sus disposiciones para asegurar los medios de subsistencia á una mujer tiernamente amada y á Rodolfo. Engañada así por la suerte, la madre de Rodolfo, había recurrido á un medio heroico. Vendió todo lo que poseía, debido á la munificencia del padre de su hijo, y reunió una suma de mas de cien mil frs. y colocándola en su nombre á un interés considerable, formó una renta de cerca de quince mil francos, tomando la resolución de consagrarlo todo para la educación de su hijo, á fin de dotarlo de las ventajas personales mas propias para hacer fortuna, y reservarle á fuerza de economías una renta, para el tiempo de su mayor edad. Esto era aventurado, pues contaba sobre su propia vida; pero sin este azar, ¿cómo le hubiera sido posible á aquella buena madre vivir, y educar de una manera conveniente á su hijo, su sola esperanza, su porvenir, y el único objeto de sus goces? Nacido de una de las mas encantadoras parisenses, y de un hombre notable de la aristocracia, fruto de una pasión grande y recíproca, Rodolfo se vió afligido por una excesiva sensibilidad. Desde su infancia había manifestado el mayor ardor por todo lo que le rodeaba, y su deseo se hizo de una fuerza superior, siendo el móvil de su ser, el estímulo de su imaginación, la razón de sus acciones. A pesar de los esfuerzos de una madre inteligente, que se espantó al apercebir en su hijo semejante predisposición, Rodolfo deseaba como un poeta imagina, como un sabio calcula, como un pintor dibuja, como un músico forma melodías. Tierno como su madre, se lanzaba con estraña violencia su pensamiento hacia la cosa deseada; devoraba el tiempo soñando la realización de sus proyectos, y suprimía siempre los medios de ejecución. —Cuando Rodolfo tenga hijos, decía la madre, es natural que los quiera grandes y dignos.

Este bello ardor, convenientemente dirigido, animó á Rodolfo para hacer brillantes estudios, y para ser lo que los ingleses llaman un perfecto *gentleman*. Su madre estaba entonces orgullosa con él, pero temía siempre alguna catástrofe, si se apoderaba una pasión de aquel corazón á la vez tierno y sensible, tan violento y tan bueno. Pero aquella prudente madre había fomentado la amistad que unía Leopoldo á Rodolfo y Rodolfo á Leopoldo, viendo en el fino y probo notario un tutor, un confidente que podía hasta cierto punto reemplazarla cerca de Rodolfo, si por desgracia ella llegaba á faltarle.

Bella aun á los cuarenta y tres años, la madre de Rodolfo había inspirado á Leopoldo la mas viva pasión: esta circunstancia hacia á los jóvenes mas íntimos aun. Leopoldo, que conocía bien á su amigo, no se sorprendió al verle detenerse en una villa y renunciar á la escursión proyectada en Saint-Gothard, por una mirada dirigida desde lo alto de una casa. En tanto que se les preparaba el almuerzo en la posada del Cýgne, dieron los dos amigos una vuelta por la villa y llegaron cerca de la encantadora casa nueva donde, conversando con los habitantes, Rodolfo descubrió una casa de labradores que se disponían á alquilar parte de ella, según la costumbre general de Suiza. Le ofrecieron una habitación con vistas al lago y á las montañas; uno de esos prodigiosos sitios que recomiendan el lago de los Cuatro Cantones á la admiración de los *turistas*. Esta casa se encontraba separada por una encrucijada y por un pequeño puerto de la casa nueva, donde Rodolfo había entrevisto la cara de su bella desconocida. Por cien francos al mes, Rodolfo no tuvo que pensar en ninguna de las cosas necesarias de la vida; pero en consideración á los gastos que los esposos Stopfer se proponían hacer, pidieron un adelanto de tres meses. Por poco que se trate á un suizo, basta para ver que es un usurero. Después del almuerzo se instaló Rodolfo en su cuarto, depositando los efectos que había llevado para su escursión, y miró pasar á Leopoldo que, por

espíritu de orden, iba á cumplir la escursión por cuenta de Rodolfo y por la suya. Cuando Rodolfo, sentado sobre una roca y recostado en el borde, no vió ya la barca de Leopoldo, examinó la casa nueva esperando ver á la desconocida; mas ¡ay! se retiró sin que la casa diese señales de vida. Cuando le sirvieron la comida Mr. y Mme. Stopfer, antiguos toneleros de Neuchâtel, les preguntó sobre las cercanías, y acabó por saber todo lo que deseaba acerca de la desconocida, gracias á las habladurías de sus patrones. La desconocida se llamaba Fanny Lovelace: este nombre, que se pronuncia *Loveless*, pertenece á las antiguas familias inglesas; pero Richardson ha hecho de él una celebridad que daña á cualquiera. Miss Lovelace había venido á establecerse al lago por la salud de su padre, á quien los médicos habían mandado los aires del Canton de Lucerna. Estos dos ingleses, llegados sin mas criados que una niña de catorce años, muy adicta á Miss Fanny, una pequeña muda que la servía con inteligencia, habían colocado antes del invierno último con Mr. y Mme. Bergmann, antiguos jardineros en jefe de S. E. el conde Borromeo, en la *Isola Bella* y en la *Isola madre* sobre el lago mayor. Estos suizos, ricos, con cerca de mil escudos de renta, alquilaban el piso superior de su casa á los Lovelace, á razón de doscientos francos por año. El anciano Lovelace, viejo nonagenario, muy abatido y demasiado pobre para permitirse ciertos gastos, salía rara vez; su hija trabajaba para vivir traduciendo, según decían, libros ingleses, y aun haciéndolos ella misma. Tampoco se atrevían los Lovelace á alquilar barcas para pasearse sobre el lago, ni caballos, ni guías para visitar los alrededores: un estado de semejantes privaciones escita tanto mas la compasión de los suizos, por cuanto pierden una ocasión de ganancia. La cocinera de la casa daba de comer á los tres ingleses, á razón de cien francos mensuales, comprendiéndolo todo; pero se creía en todo Gersau, que los antiguos jardineros, á pesar de sus pretensiones con los aldeanos, se hicieron cocineros para sacar sus beneficios en aquel mercado. Los Bergmann habían creado admirables jardines y un invernadero magnífico alrededor de su habitación; así es, que las flores, los frutos, las rarezas botánicas de aquella casa habían determinado á elegirla á la joven miss á su paso por Gersau. Miss Fanny representaba diez y nueve años, y como la hija mas pequeña, estaba siempre mimada por el anciano: no habían pasado dos meses, y se había procurado un piano traído de Lucerna, porque ella amaba con pasión la música. —¡Ama las flores y la música, pensó Rodolfo, y no está casada! ¡Qué felicidad!

## II.

Al día siguiente, Rodolfo pidió permiso para visitar los jardines y el invernadero, que empezaban á gozar cierta celebridad. Este permiso no fué concedido inmediatamente; aquellos antiguos jardineros pidieron ¡cosa estraña! ver el pasaporte de Rodolfo, el cual lo envió al momento. Al día siguiente se lo devolvió la cocinera, y le dió parte del placer que los señores tendrían en enseñarle su posesión. Rodolfo fué á casa de los Bergmann, no sin cierto estremecimiento que solo conocen las personas de emociones vivas, y que desplazan en un momento mas pasiones que gastan otras en toda su vida. Vistióse con esmero para agradar á los antiguos jardineros de las islas Borromeas, porque vió en ellos los guardianes de su tesoro, y recorrió los jardines mirando de tiempo en tiempo á la casa, pero con prudencia, pues los dos viejos propietarios le manifestaban una desconfianza bastante visible; pero pronto escitó su atención la pequeña inglesa muda, que por su sagacidad, aunque joven, le pareció una niña africana, ó por lo menos una siciliana. Esta niña tenía la tez dorada del cigarro habano, ojos de fuego, párpados armenios con pestañas largas anti-británicas, cabellos mas que negros, y bajo aquel cutis, casi aceituado, nervios de una fuerza singular, de una vivacidad febril: ella dirigía sobre Rodolfo miradas inquisidoras con un descaro increíble, y seguía sus menores movimientos. —¿A quién pertenece esta pequeña africana? preguntó Rodolfo á la respetable Mme. Bergmann. —A los ingleses. —Me han dicho, que la joven Miss Lovelace gusta de la música; me consideraría feliz si, durante mi permanencia en este lago, al cual me condena una orden del médico, quisiera permitirme acompañarla en la música. —¡Oh! no reciben, ni quieren ver á nadie, dijo el viejo jardinero. Rodolfo se mordió los labios y salió sin haber sido invitado á entrar en la casa, ni haber sido conducido á la parte del jardín que se hallaba entre la fachada y el borde del promontorio: en aquel lado de la casa había encima del primer piso una galería de madera cubierta por el techo, cuyo alero era excesivo como los cobertizos de una choza, y volvía sobre los cuatro lados del edificio al uso de Suiza. Rodolfo había elogiado mucho aquella disposición elegante y alabado la vista de aquella galería; pero fué en vano. Cuando hubo saludado á los Bergmann, se encontró anonadado frente á frente consigo mismo, como todo hombre de talento y de imaginación engañado por el mal éxito de un plan bien combinado.

Por la tarde se paseó en barca sobre el lago, costeando el promontorio: fué á Brúnnen, luego á Schwitz y regresó al anochecer. A lo lejos apercebió la ventana abierta y muy alumbrada y pudo oír los sonidos de un piano y los acentos de una voz deliciosa: se detuvo para entregarse al encanto de escuchar un aire italiano cantado perfectamente. Cuando cesó el canto saltó en tierra Rodolfo y despidió la barca con los remeros. Con peligro de mojarse los pies, fué á sentarse bajo el banco de granito carcomido por las aguas, que coronaba un fuerte cercado de acacias espinosas, á lo largo del cual se extendía, en el jardín Bergmann, una alameda de pequeños tilos. Al cabo de una hora oyó hablar y andar encima de su cabeza; pero las palabras que llegaron á sus oídos eran todas italianas y pronunciadas por dos voces jóvenes y femeninas: él se aprovechó del momento en que las

dos interlocutoras se hallaban en un extremo, para deslizarse al otro sin hacer ruido: al cabo de media hora de esfuerzos aguardó al fin de la alameda y pudo, sin ser apercebido ni oído, tomar una posición desde donde veía á las dos mugeres sin ser visto por ellas cuando llegasen hasta él. ¡Cuál no sería la admiración de Rodolfo al reconocer á la pequeña muda por una de las dos y que hablaba en italiano con Miss Lovelace! Eran entonces las once de la noche, y era tan grande la calma que reinaba en el lago y alrededor de la habitación, que aquellas dos mugeres debían creerse seguras: en todo Gersau no había mas que aquellos ojos que pudieran estar abiertos. Rodolfo pensó que el mutismo de la niña era una astucia necesaria: por el modo de hablar en italiano, Rodolfo dedujo que hablaban su lengua materna, y pensó que la cualidad de ingleses ocultaba otra astucia. —Son italianos refugiados, se dijo, proscriptos que sin duda temen á la policía del Austria ó de Cerdeña: esa joven aguarda la noche para poder pasearse y hablar con toda seguridad.

Al momento se ocultó detrás del cercado y se arrastró como una serpiente para hallar un paso entre dos raíces de acacias, y con riesgo de dejarse allí los vestidos ó de hacerse profundas heridas en la espalda, atravesó el cercado cuando la pretendida Miss Fanny y su pretendida muda se colocaron en el extremo de la alameda, y cuando estuvieron á veinte pasos de él, sin verle porque se ocultó en la sombra del cercado, fuertemente iluminado entonces por el resplandor de la luna, se levantó bruscamente. —No temáis nada, dijo en francés á la italiana, no soy un espía. He adivinado que sois refugiados. Yo soy un francés á quien una mirada vuestra ha clavado en Gersau.

Rodolfo quedó suspenso por el dolor que le causó un instrumento de acero desgarrándole un costado y cayó al suelo.

—*Nel lago con pietra*; gritó la terrible muda. —Ah ¡Gina! exclamó la italiana. —Ha errado el golpe, interrumpió Rodolfo, sacando de la herida el estoque que había tropezado en una costilla; pero un poco mas alto y me hubiera atravesado el corazón. He cometido una imprudencia, *Francesca*, dijo acordándose del nombre que la pequeña Gina había pronunciado muchas veces, no quiero que la riñais: la dicha de hablaros vale mas que la herida! Enseñadme únicamente el camino, porque necesito ir á casa de los Stopfer. Estad tranquilas, no diré nada.

Vuelta Francesca de su estupor, ayudó á Rodolfo á levantarse y dijo algunas palabras á Gina, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Las dos mugeres obligaron á Rodolfo á sentarse en un banco, le quitaron la levita, el chaleco y la corbata; Gina abrió la camisa y chupó fuertemente la herida: Francesca, que los había abandonado, volvió con un gran pedazo de tafetán inglés, y lo aplicó sobre la herida. —Así podéis ir hasta vuestra casa: repuso ella. Cada una de ellas se apoderó de un brazo y Rodolfo fué conducido á una pequeña puerta, cuya llave se encontraba en el bolsillo del delantal de Francesca. —¿Habla Gina francés? le preguntó. —No; pero no os agiteis, le contestó con solícita impaciencia. —Dejadme veros, repuso Rodolfo con enternecimiento, porque quizás esté mucho tiempo sin poder venir... Se apoyó en uno de los pilares de la pequeña puerta y contempló á la bella italiana, que se dejó mirar un instante con profundo recogimiento y en medio de la noche mas bella y mas serena, que jamás ha iluminado aquel lago, el rey de los lagos suizos. Francesca era la italiana clásica, tal como pudiera formarla en sueños la imaginación mas exaltada. Lo que arrebató mas á Rodolfo fué la elegancia y la gracia de aquel talle tan flexible cuyo vigor se descubría á pesar de su apariencia delicada. La palidez de ámbar de su rostro, daba indicio de cierto padecimiento; pero no borraba la voluptuosidad de dos ojos húmedos y de un negro aterciopelado: dos manos, las mas bellas que jamás escultor griego haya unido al brazo pulimentado de una estatua, sostenían el brazo de Rodolfo, y su blancura destacaba sobre el negro de la levita. El imprudente francés, no pudo mas que entrever la forma oval un poco larga de la cara, cuya boca entristecida y entreabierta, dejaba ver sus dientes bruñidos entre dos labios frescos y colorados. La belleza de las líneas de aquella cara garantizaban á Francesca la duración de su esplendor; pero lo que mas cautivó á Rodolfo fué el adorable abandono, la franqueza italiana de aquella mujer, que se entregaba enteramente á su compasión. Francesca dijo una palabra á Gina, la cual dió su brazo á Rodolfo hasta la casa de Stopfer, y se escapó como una golondrina despues que hubo llamado.

—¡Estas patriotas no tienen las manos muertas! decía Rodolfo en medio de sus sufrimientos, cuando se encontró solo en su lecho. ¡*Nel lago!* ¡Gina me habría arrojado al lago con una piedra al cuello!

Al amanecer envió á buscar el mejor cirujano de Lucerna, y cuando vino la encomendó el mas profundo secreto, haciéndole entender que el honor lo exigía.

(Se continuará.)

## EL BASTON DE DIAMANTE (1).

L'Amelia, brick irlandés, acababa de entrar en la rada de Rio-Janeiro, despues de una de las navegaciones mas felices; estaba anclado entre el fuerte Villegañon y Bota-Fogo, ensenada hermosa, en cuyo alrededor están construidas las elegantes habitaciones de la mayor parte de los consules europeos. En calma estaba la rada, sin brisa, casi sin movimiento, y la tripulación de L'Amelia dormía en el en-

(1) Arago. V. *alrededor del mundo*.

trepante. Un solo marinero apoyado de codos sobre el borde, aprovechaba los últimos rayos de la luna en su ocaso, y recorría con ávido ojo los hermosos sitios de que estaba cercado.

De repente una piragua se desprende de la Playa silenciosa y desliza á lo largo; el marinero la sigue con la vista y cree ver á unos negros que sujetan por fuerza á una muger ó á una niña cuyos gritos de desesperación le parece oír. John Beckler inquieto, redobla su atención. La piragua se había detenido, un ruido sordo se había oído, las olas se habían abierto y vuelto á cerrar, y el silbido de los remos se debilitó poco á poco á lo lejos.

John Beckler sospecha que se ha cometido un crimen, toma su resolución, resolución de abnegación y de humanidad. Se arroja al agua, nada con un brazo vigoroso y bien pronto se halla en el sitio en que la piragua había hecho alto. Un rumor sordo le guía, se sumerge un poco, y sus manos tocan unos vestidos. Los agarra con los dientes, y ayudado de la ola que entonces subía, se dirige hacia la playa adonde espera llegar con el precioso bulto que no quisiera abandonar. La lucha fué larga y penosa, pero en fin, John halló fondo, y al llegar á tierra cayó quebrantado por el cansancio.

Pocos instantes después recobra el conocimiento, y solo fué entonces cuando vió que el objeto que había salvado era un cadáver, cuyos carrillos, cuello y orejas, estaban desgarrados é inundados de sangre. Sin embargo, un ligero movimiento de la joven reanimó el valor y las esperanzas del marinero; llamó en alta voz pidiendo socorro, trató de recalentar con su respiración la niña que acababa de salvar; nadie le oía; ninguna voz contestaba á la suya. Era preciso por último tomar sobre sus espaldas, ya tan cansadas, á la joven aun moribunda cuando llegaron hasta él gritos tumultuosos.

Una docena de esclavos con antorchas y precedidos por una muger en el colmo de la desesperación se precipitan y le rodean. A la vista de esta joven llena de sangre, la muger cae y se desmaya. Los negros furiosos agarran ya al valiente John por la garganta y se disponen á aplastarle contra los guijarros cuando se presenta un hombre de policía.

—¿Cómo os llamais?

—John Beckler, dijo en inglés adivinando la pregunta que se le hacía en portugués.

—Está bien; también hablo el inglés. ¿Cómo es que esta niña desgarrada y moribunda se halla con vos aquí?

John cuenta lo que ha sucedido, lo que ha visto y lo que ha hecho.

—¿Hace tiempo que estais en el Brasil?

—Desde ayer.

—¿En qué buque habeis llegado?

—En L'Amelia.

—Pero este buque está en cuarentena.

—Es verdad.

—Vais á seguirnos.

—La señora de S... había sido llevada á su casa, y su hija devuelta tan milagrosamente á la vida, la re-

—Iré á hablar al rey, exclamó la señora S... este marinero ha salvado á mi hija, y merece premio y no una prisión. Iré á hablar al rey.

Al otro día la señora de S... estaba arrodillada ante Juan VI, diciéndole el horrible asesinato de que había sido víctima su hija, y el generoso sacrificio del marinero que se la devolvió. El rey contestó á la señora de S... del modo mas satisfactorio, la prometió su protección para el libertador de su hija, y la despidió con su acostumbrada bondad.

Algunos días después, una sentencia del tribunal supremo decía; que John Beckler, marinero irlandés, estaba condenado á muerte por haber infringido las leyes sanitarias.

Gracias á las apremiantes solicitudes de la rica familia de S... no se ejecutó la sentencia fatal; pero John, el valiente marinero vió conmutada su pena en un destierro de diez años á Minas-Geraes que están en el interior del reino.

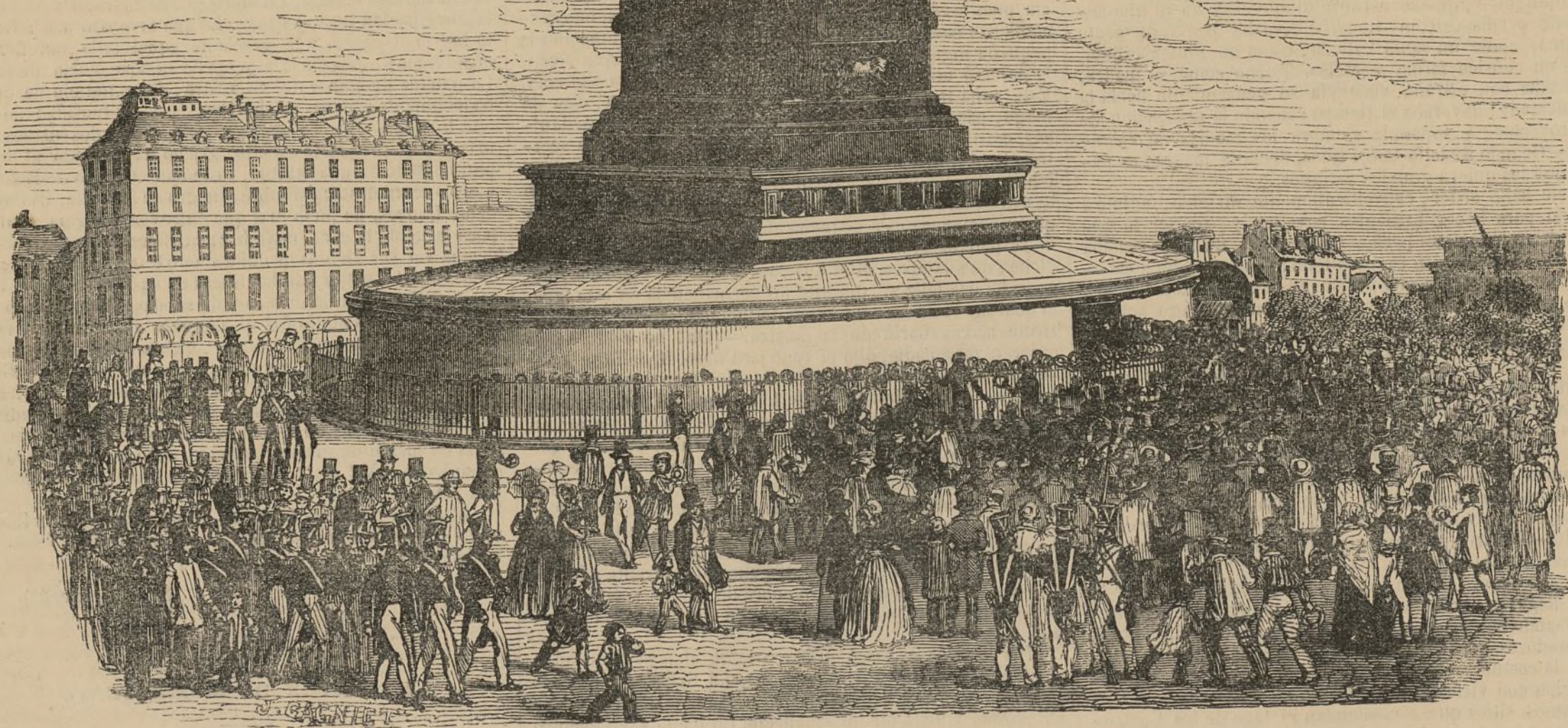
John se sometió, y héle aquí poco tiempo después siguiendo á pie por entre caminos difíciles y escabrosos el paso ligero de las mulas dirigidas hacia el Oeste del Brasil. Va agregado á seis negros asesinados y sentenciados por haber arrojado al mar una joven á quien habían desgarrado el cuello y las orejas para robarle las piedras preciosas con las que estaba adornada. ¡Solo la casualidad había reunido y atado á la misma cadena al libertador y los asesinos! ¡pero qué casualidad!

El jefe de la escolta entregó al gobernador de Minas-Geraes, los hombres confiados á su custodia. Debo añadir, dijo, que os está mandado en nombre del rey guardar todas las consideraciones y cuidados que pudiérais tener con un amigo desgraciado, con el sentenciado John Beckler. Inspeccionará los trabajos bajo vuestras órdenes, administrará en vuestra ausencia y comerá á vuestra mesa.

Un escrito real dirigido al gobernador tenía los mismos preceptos. Sin embargo, los meses se sucedían, John, á quien se había prometido una próxima libertad, gemía y decaía en esos desiertos hollados por el asesino y el esclavo en provecho de la corona. Un día se dijo: ¿de vuelta al Brasil y á mi país, qué me quedará de la acción honorífica que me ha conducido aquí? ¿Por qué no he de castigar en su crueldad á esos hombres que con tanta barbarie me han infamado? ¿Pero qué mal puede causarles los proyectos que yo medito? Una gota de agua robada al Océano ¿le hace menos profundo y menos rico? Sí, sí, Dios me inspira porque él sabe que he llegado al Brasil para poder auxiliar á mi familia que está en la miseria; sucederá, pues, lo que he resuelto; cumplamos la voluntad de Dios.

Todas las tardes y cuando el sol se ocultaba, John trepaba á una altura á cuyo pié estaba construida una cabaña, y decía á su jefe, de quien ya era amigo, que era para respirar un aire mas libre y ver llegar mas pronto el convoy con que contaba volverse.

¿Pero qué hacía John? Cada vez que vigilante infiel llegaba á descubrir una piedra preciosa, abría



Columna de Julio, plaza de la Bastilla, en París.

fería las violencias de que había sido objeto: la decía que muchos negros se habían arrojado sobre ella ahogando sus gritos, que habían entrado en una piragua y que después de arrancarle sus brazaletes, pendientes y collar la echaron al mar.

¡Oh! ninguna duda queda entonces sobre la veracidad de la relación del marinero ni sobre su sacrificio.

La señora de S... se hace acompañar á la casa del magistrado que interrogaba á John. Abraza al marinero, le dirige las palabras mas afectuosas y tiernas, quiere pagar su humanidad con una fortuna y llevárselo á su casa.

—Imposible me es, señora, satisfacer vuestros deseos; este hombre estaba en cuarentena, ha violado las leyes sanitarias y es preciso que sea juzgado.

con un cuchillo una espina del palmero que le servía de observatorio, y allí ocultaba el robo, sin que nadie pudiera nunca sospecharlo. Hacía ya tres meses que esta misma operación se repetía con frecuencia, y una fortuna, por decirlo así, se halló allí á su disposición.

Llega por fin de la corte la orden de libertad; John puede regresar á Rio-Janeiro, y su viaje queda resuelto.

para el día siguiente.

El marinero ingenioso y previsor solo se queja entonces de que los *biches* (insectos microscópicos que se pegan á la piel, la agujerean y penetran profundamente) le han hecho una ancha llaga en el talón. Se le prodigan los cuidados mas generosos, le felicitan por la libertad que le ha sido devuelta, y nada se perdona para que su viaje hasta Rio se haga sin peligro de su quebrantada salud. Acepta un mulo que le es ofrecido; pero como en los mas difíciles pasos se está muchas veces precisado á ir á pie, John dice que se apoyará sobre una caña y pide permiso para cortar una espina del palmero, cuya flexibilidad le sostendrá sin violentas sacudidas; su petición es concedida en el momento; sube por última vez á su árbol querido, corta la rama depositaria de sus diamantes, y héle feliz para el porvenir.

¡Con qué inquieto cuidado manejaba el marinero el precioso apoyo que se diera! ¡oh! ¡con qué felicidad cojeaba y cuánto agradecía á los incómodos y peligrosos insectos de quienes los negros en su odio á la esclavitud son frecuentemente voluntarias víctimas!

Llegó á Rio, é impaciente de regresar á Europa, ni aun quiso ir á ver á los padres de la joven que salvó, temiendo no tuviese que permanecer algunos dias para satisfacer sus deseos. Un buque danés estaba en la rada é iba á darse á la vela el domingo siguiente. John Beckler ajustó en él su pasaje y se hospedó modestamente en un cuartito de Nuestra Señora de Candelaria.

Enfrente de su habitación vivía una joven mulata muy agradable, á la que John enviaba algunos furtivos besos desdeñados. El marinero, en efecto, tenía un traje que daba pobre idea de su generosa galantería; pero, picado por el desden, se fué desde la mañana siguiente á la plaza real en busca de algun extranjero á quien pudiera proponer ocultamente la venta de dos ó tres de sus diamantes. No buscó mucho tiempo, y concluida la venta, Beckler compró un elegante traje y siguió sus persecuciones amorosas con la mulata. Esta, fiel en un todo al código de las hijas de su casta, se mostró menos rebelde y acabó por sucumbir.

El conflagrado marinero se dejó pronto engañar por las falsas apariencias de cariño de su conquista, y despues de haber obtenido de ella la solemne promesa de que le acompañaría á Europa adonde se casarian, John la refirió su vida aventurera, la sentencia que le condenó, y despues la confió el secreto de su fortuna, enseñándole su precioso baston.

Un día mas y se despedirán del Brasil.

Llaman á la puerta de John.

—¿En nombre del rey, abrid!

—No abrais, le dice en voz baja la mulata.

—¿En nombre del rey! repiten, y la puerta cae hecha pedazos. Los dos quedan presos y conducidos en aquel mismo instante delante de un juez.

—¿Vuestro nombre? pregunta este á la joven.

—Zae, mulata libre.

—Está bien: ¿y el vuestro?

—John Beckler, irlandés, condenado una vez á presidio por haber salvado con peligro de mi vida á una joven que unos negros acababan de arrojar al mar.

—Me acuerdo, entonces hicisteis una hermosa accion, prosiguió el juez; veamos si desde entonces toda vuestra conducta merece nuestros elogios. Dadme el baston con que os apoyais.

El baston es entregado, abierto, registrado con precaucion y los diamantes caen sobre una alfombra.

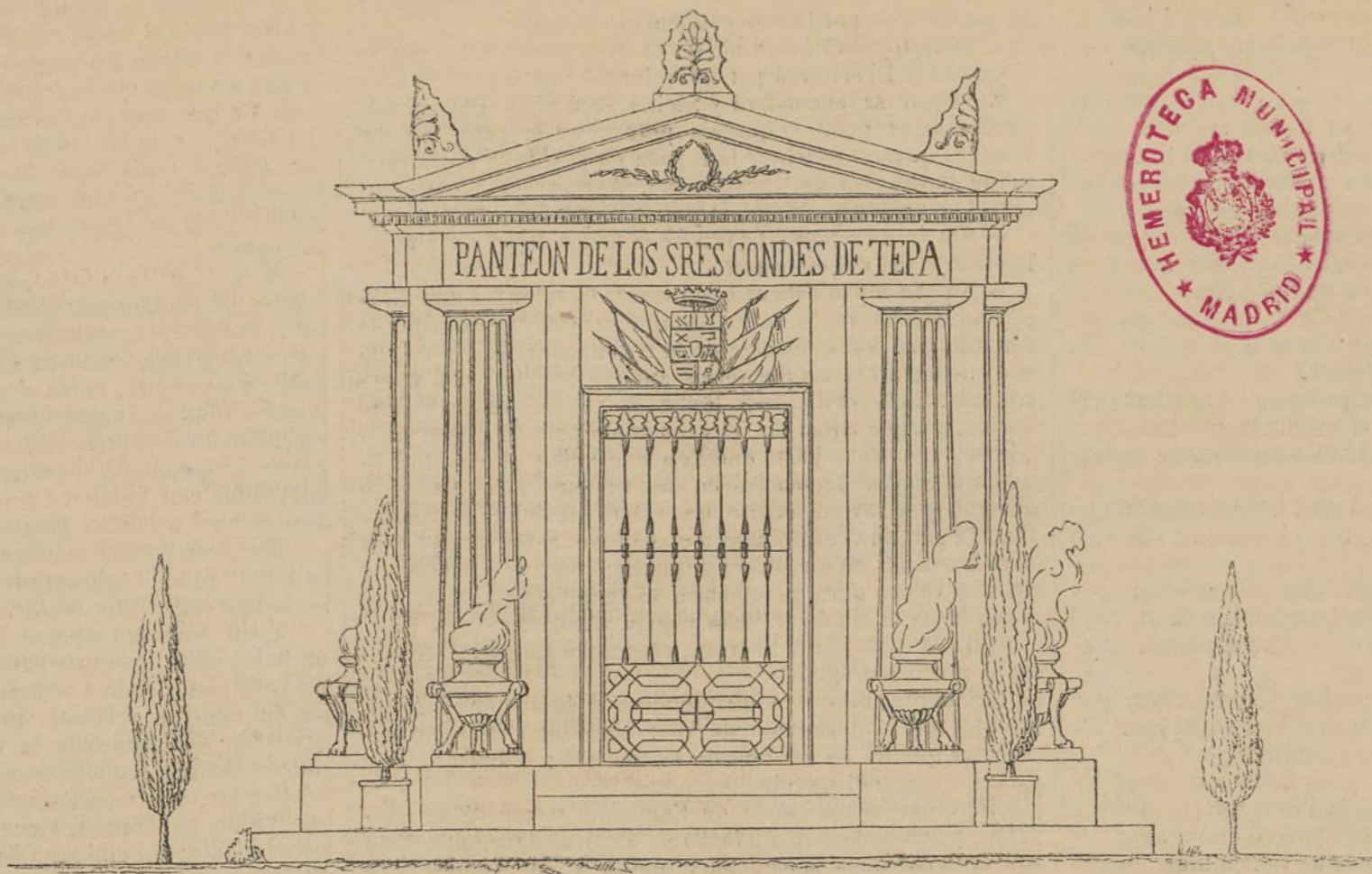
—No hay remedio, dice Beckler á su compañera, hémos aquí desgraciados y para siempre separados.

—Vuestro crimen está patente, le dijo el juez; la ley es terminante; vais á volver á presidio por toda vuestra vida, y la mitad del robo que habeis cometido pertenece á la persona que le ha denunciado.

—¿En dónde está?

—Soy yo, dijo sonriéndose la mulata. Quería quedarme en el Brasil; no me gusta la Europa.

Beckler alzó los ojos al cielo, fué llevado á la cárcel y conducido otra vez á Minas-Geraes, adonde murió de resultas de los garrotazos que le daban sus amos. Con respecto á la graciosa y noble mulata, tiene ahora en la calle des Orfèvres un magnífico almacén de novedades y curiosidades de la China: refiere alegremente á quien desea saberlo la historia de su amigo Beckler y la causa primitiva de su fortuna; hoy día muy brillante. Entre nosotros, país de civilización y de progreso, la señorita Zae, sentada en un mostrador, habria ya ganado carruaje, palacio y lacayo; el Brasil es aun medio salvaje.



## YORK.

(Conclusion.)

### II.

«Hay al Sur del archipiélago una gran isla llamada Mindanao.

«Tal vez ninguno de vosotros la ha hollado con su planta, pero al menos conoceis su nombre. En España en cambio no hay muchos que sepan que existe tan siquiera. Sin embargo, tiempo vendrá en que un gobierno verdaderamente español trate de colonizarla.

«Pero veo que me aparto de mi historia. ¿Qué quereis? al serme dado usar del don de la palabra, con esta me han venido tambien todas las faltas de esos que llamais oradores.

«En esa isla de Mindanao ví la luz primera.

«Mi tribu, ya sabeis que nosotros los monos tenemos tambien algo de sociabilidad, se hallaba acampada entre una laguna de azuladas ondas y un bosque de primitiva aspereza.

«Mi padre era rey en nuestra tribu, por su prudencia y su astucia.

«Ya veis que si tuviera coche podría llevar en mi portezuela una corona real.»

—Lléveme el diablo, dijo Maffio no pudiendo resistir la tentacion de interrumpir á York, si he visto nunca un mono con mas orgullo ni pretensiones mas ridículas.

Y volviéndose con imperturbable gravedad hacia el orangutan, exclamó haciendo una cortesía de mayordomo de semana:

—Perdone V. A. el que le haya interrumpido.

York continuó su narracion como sino le hubiera oído.

«¿A qué he de contaros nuestras costumbres, si todos las habeis leído en las obras del gran naturalista; acerca del cual me habeis preguntado hace un momento? ¿A qué he de contaros las impresiones de mis primeros años, ni la vida nómada y errante que en ellos llevé?

«Lo que si merece ser referido son mis aventuras desde que hice mi entrada en el mundo.

—¡Hola! ¿con que los monos tienen tambien sus tertulias, sus *soirées*, sus *tés dansants*, sus *rauts*, etc.? ¿Se bailan en ellos rigodones y walses? ¿Es de rigor la corbata blanca?

«Cuando digo que hice mi entrada en el mundo, siguió York despues de hacer una cortesía á Miss Jamesson, que era quien le habia interrumpido, quiero decir y me refiero á la época, en que, muy á mi pesar por cierto, me fué dado entrar en la sociedad de los hombres.

«Yo que hasta entonces habia sido libre en la acepcion mas absoluta de la palabra, puesto que como suelen decir vulgarmente los españoles tenía el padre alcalde y hacia en mi tribu cuanto queria, yo que tenía estensas llanuras por que vagar, espesas selvas que explorar y enrisgadas montañas que escalar, me fué preciso para conocer á los hombres perder mi querida libertad. Ellos me aprisionaron y me condujeron á una de sus ciudades, en nada por cierto semejante á Manila, pues los que me habian reducido á esclavitud eran los mahometanos de Mindanao, y sus ciudades son tan solo agrupamientos de miserables cabañas sin comodidad alguna.

«Sin embargo, mi buena figura...»

Y aquí York dió una vuelta mirándose á un espejo.

—Habrás visto el fátuo, exclamó Mr. de Jussiene.

«Sin embargo, mi buena figura, no habia dejado de producir estragos en los corazones de las jóvenes orangutanas de mi tribu, que á la verdad no me habian negado sus favores, cosa escusable donde no hay ni matrimonios, ni cosa que se le parezca...

En este punto las *misses* y *misses* de la tertulia se cubrieron á la vez las caras con los abanicos y murmuraron en coro:

—¡Very shocking!

En cambio todos los del sexo feo no pudimos menos de sonreirnos.

«Mi buena figura, repitió por tercera vez York, y se complacia en repetirlo, fué causa de que se me condujese á la presencia del sultan, quien encantado de mí me compró á los que me habian aprisionado.»

«Sobremano me irritó el que se me estimase en unas pocas monedas de plata, cual si la vida ó la libertad de un orangutan fuesen cosas vendibles, siendo como son inestimables: pero en cierto modo apaciguó mi cólera el que mi nuevo dueño fuese nada menos que el sultan de Selangan. Menos malo era ya el que un príncipe mono sirviese á un sultan.

«Me enseñaron para que divirtiese á mi amo mil habilidades; yo le servia la comida, bailaba en su

presencia cuando tenía mal humor, tocaba con entusiasmo el *tamtam* para distraerle, le encendía la pipa ó le rasaba la cabeza ó la palma de los pies; yo en fin, le abanicaba y ahuyentaba de él los mosquitos. Era en fin, como si dijéramos un gentil-hombre de S. M. el sultan.

«Mas sin embargo, S. M. selanganesca me habia destinado por habitación la cabaña mas lejana de las en que habitaban las mugeres de su serrallo, temeroso sin duda de que mi buen talle hiciese entre ellas numerosas conquistas.

«Pero, bien lo sabeis, la curiosidad es innata no solo en las monas sino tambien en las mugeres. Las del sultan sabian que me hallaba en el pueblo y que era el favorito del sultan, y por lo mismo que se ponía cuidado en tenerme alejado de ellas, desearon mas y mas tener el honor de conocerme.

«Y lo que á una muger se le pone entre ceja y ceja, no hay remedio, tiene que suceder.

«Así fué que las bellas odaliscas armaron una conjuración, como si dijéramos un pronunciamiento femenino. Hubo como es de rigor en toda conjuración, sus juramentos de guardar el secreto mas profundo sobre los planes, las conjuradas y el objeto del complot.

«Púsose á discusion el medio de satisfacer la pícara curiosidad y de poderme contemplar á su sabor. Pronunciáronse elocuentes discursos; y al fin, en la votación obtuvo una gran mayoría el proyecto de que se diese opio en el té ó café al sultan y todos los de la corte, con objeto de que quedasen narcotizados y pudiesen las conjuradas aprovechar sus sueños para poner su intento por obra.

«Pero en toda conjuración es tambien de rigor que haya traición. Además, se habia jurado guardar el secreto, y casi siempre que se jura, es para no cumplir lo prometido. Así, pues, el sultan y sus magnates se hicieron solamente los dormidos, en vez de quedarse dormidos de veras, para poder coger á las odaliscas en el garlito.

«Dicho y hecho. En cuanto vieron durmiendo á los del sexo feo, se escaparon con sigilo de las cabañas y se vinieron á la mia.

«Pusiéronse todas en corro con la boca abierta á contemplarme á la luz de las teas, que levantaban en alto algunas esclavas negras. Siempre en los harenes hay esclavas negras. Cuál queria mirarme por detrás y me hacia volverme, cuál que me sentase, cuál que anduviese, cuál que bailase. En fin, su curiosidad iba pasando ya de castaño oscuro, cuando de pronto llega mi señor el sultan con toda su gente y la emprenden á palos con las odaliscas, quienes, como almas que se lleva el demonio, echaron á correr dando espantosos gritos. Desgraciadamente algunos de los palos se perdieron en la confusion en mis costillas. Tan cierto es, que siempre han de pagar justos por pecadores.

«Al día siguiente, el sultan estaba preocupado. Mis mas raras cabriolas no lograban hacerle sonreir; ni mis muecas y contorsiones ponerle de buen humor.

«Esta vez, diria para su capote, he escapado en una tabla, de que mis mugeres justificasen la media luna de mi turbante; y lo que irrita mas aún, que esa justificación fuese con un mono. Pero ¿quién me dice, que otra vez no tendrá buen éxito otra conjuración? Es preciso poner remedio al mal, suprimiendo la causa. Muerto el perro, muerta la rabia.

«Y el maldito moro queria nada menos que mandar que me abriesen la barriga.

«Felizmente para mí entró en aquel momento á ofrecer sus respetos á S. M. selanganesca, el capitán de un bergantín inglés que estaba fondeado en el puerto.

«A primera vista agradé al marino y simpatizamos. Entablóse entre el capitán y el sultan un diálogo por señas, cuyo resultado fué el cambio de mi persona por una damajuana de aguardiente.

«Aquella noche el sultan y su corte tomaron una *turca*

respetable, y yo salía del puerto de Selangan con rumbo hacia Manila en el bergantín *Lelia*.

«Iban en él Mistress y Miss Tergusson, esposa é hija del capitán. Nada os diré de éste ni de la primera, porque solo quiero hablarlos de Miss *Lelia*.

«Blanca como la leche, con hermosos y dulces ojos, tan claros como el cielo, y coronada su frente con una rubia cabellera, que hasta su cuello descendía en suaves tirabuzones, la joven y pálida Miss era la realización de los ensueños de mis amorosas veladas de orangután adolescente.

«La amé, sí, la amé. ¿Cómo no amarla? Hubiera querido servirla siempre de rodillas. La amaba tanto, que nunca mi pasión se tradujo en un gesto ni en una palabra.»

«No era difícil lo último, amigo York, pues me parece, que sino te declarabas verbalmente á la bella Miss *Lelia*, era simplemente, porque no podías hablar.

«El amor, dijo York, es una especie de magnetismo; el magnetismo me concede ahora el uso de la palabra, ¿qué hubiera tenido de extraño que el amor me hubiera podido hacer hablar?

«¡*Lelia*! ¡*Lelia*! ¡pobre Miss! ¿A qué habeis querido que os hable de ella? La herida aun mal cicatrizada vuelve á echar sangre.

«¡Pobre Miss *Lelia*! A los pocos días de conocerla yo y de amarla, pues la amé desde el instante en que la ví, cayó peligrosamente enferma y no tardó en dar el último suspiro...»

Aquí York se puso á hacer pucheros, y concluyó por llorar á moco tendido. Desahogado su dolor, enjugó sus lágrimas con el pañal de su camisa, y continuó:

«Murió. Había sido una flor, y las flores solo duran un día. ¡Cuánto la lloré; ya lo veis, la lloro aun, la lloraré mientras viva! La desesperación se apoderó de mi alma...»

«Y luego dirán, que los animales no tienen alma, exclamó Maffio.

«Hay muchos hombres que parecen no tenerla, ó al menos tenerla de cántaro.

«La desesperación se apoderó de mí. Quise poner término á mi vida; y cuando el cadáver de la desventurada *Lelia*, fué arrojado al mar envuelto en un saeo de lona y con una bala á los pies, me lancé tambien al agua, decidido á ahogarme abrazado á su cuerpo.»

—Segunda edición de Julieta y Romeo, de Píramo y Thisbe.

«Pero Mister Tergusson me había tomado cariño y bien pronto una lancha descendió rápidamente del costado del bergantín y dos marineros se lanzaron al agua para salvarme. Además al llegar el trance fatal, sentí despertarse en mí el instinto de la propia conservación, y así me dejé pescar.

«Desde entonces soy una sombra de mí mismo. Vivo vegetando, extraño á cuanto pasa á mi alrededor.

«El bergantín *Lelia* llegó por fin á Manila. Mister y Mistress Tergusson eran amigos de Mister, Mistress y Miss Jamesson y el capitán me regaló á sus amigos.

«Por eso me encuentro en esta casa. Todos en ella son muy buenos para con el pobre orangután. Yo les doy por ello gracias desde el fondo de mi corazón y les deseo toda clase de felicidades.

«Y ahora, habiendo dado fin á mi narración, solo me resta decir como los oradores de vuestras Asambleas:

«He dicho.»

Cagliostro se apresuró á despertar á York. Cuando este se halló libre ya del fluido magnético que sobre él había pasado, Mistress Jamesson le dijo:

—Puedes retirarte.

Y el orangután desapareció de la *cayda*.

### III.

Ya puede el lector figurarse el asombro mezclado de terror que produciría en los que la escucharon esta extraña historia, mas extraña aun por oírse de boca del protagonista y ser ese protagonista un orangután.

La impresión causada rehabilitó á Cagliostro: todos se hallaban convencidos de que era un hombre extraordinario: nadie sonreía ya incrédulamente á sus palabras.

Pero hallándose todos conmovidos por lo que habían oído y presenciado, naturalmente hubo de decaer la conversación. Además, el reloj de la *cayda* con las doce campanadas de la media noche dió la señal de la retirada.

Mister y Mistress Jamesson estuvieron conmigo en extremo amables. En cuanto á Miss Emma al despedirme sonreía tan dulcemente que entreví en aquella sonrisa un cielo de felicidad.

Salimos juntos Cagliostro, Maffio, de Jussienne y yo. Los cuatro nos colocamos en la carretela del cónsul francés y nos dirigimos al paseo á gozar de la claridad de la luna y del fresco de la brisa de la noche.

—Conde Maffio, dijo Cagliostro á Villabianca, despues de algunos momentos de silencio, mi objeto principal al ir á casa de Mister Jamesson ha sido el encontrarlos. Sé que el destierro es para vos un tormento insufrible, sé que deseáis volver á esa bella ciudad de Palermo que os vió nacer y columpiaros en vuestra góndola al arrullo del mar de Sicilia. ¿No es cierto?

—Es verdad, conde. Estoy enfermo y mi enfermedad se llama nostalgia.

—Conozco tambien vuestras opiniones, conozco que deseáis ardientemente la libertad de vuestra patria, que saludareis con júbilo y entusiasmo el día en que Sicilia sea libre. Pues bien, ese día vá á llegar. Tiempo es ya de volver los ojos á Italia. Napoleon vuestro emperador dijo dirigiéndose á de Jussienne, secunda sin saberlo mis planes. Él dará á Cerdeña los ducados italianos y las legaciones pontificias en cambio de Niza y la Saboya: eso es ya un paso para la unidad de Italia. Pero yo me encargo de dar otro mas. ¿Conoceis á Garibaldi, conde Maffio?

—Sí, por cierto, aunque es un bandido he estrechado mas de una vez su mano al ver su valor en los combates y su entusiasmo por la independencia italiana.

—Pues Garibaldi será mi brazo en la nueva lucha que se encenderá. Él arrojará por mi voluntad una tea en el Etna y el volcan se encenderá y Sicilia será libre. Daos prisa, conde, daos prisa si quereis presenciar la erupción del Etna, si quereis esgrimir la espada en pos de la santa causa de la libertad de vuestra isla. Apresuraos á marchar, pero por pronto que llegueis ya estaré yo allí.

—¿Os veré en Sicilia? ¿Tendré el honor de pelear á vuestro lado el día del combate?

—No. Yo soy la cabeza que piensa, la voluntad que dirige: mi espada hiere, pero sin que se vea la mano que la empuña. Yo soy el apóstol de la revolución. Así, pues, no me encontrareis, no me vereis aunque me hallaré á vuestro lado. Solo el día de la lucha es cuando os será dado verme, porque aquel día el gran copto peleará como simple soldado. Pero hasta que llegue ese día y en cuanto llegueis á Sicilia presentaos en mi nombre á N... vuestro antiguo jefe revolucionario, que estará prevenido de vuestra llegada por mí: él preparará el camino á Garibaldi, y os dará ocasiones en que poner á prueba vuestra prudencia y vuestro valor, pues ya conozco el temple de ambos. Así, pues, hasta el día de la lucha y de la victoria.

—Hasta el día de la libertad, respondió Maffio estrechando la mano de Cagliostro.

—Señores, dijo este dirigiéndose á Jussienne y á mí, cuento con la discreción de Vds. hasta que los acontecimientos que les he anunciado se realicen: entonces ya no será necesario el secreto.

Pero despues el conde de Cagliostro se separó de nosotros, y subiendo á su *birlocho* se alejó rápidamente. Esto dió la señal de la separación: Maffio y yo dejamos á de Jussienne, y cada cual en su *birlocho* marchamos á descansar.

Despues de aquella noche no volví á ver á Cagliostro. Pocos días despues supe su partida por una tarjeta suya que me envió en señal de despedida.

En cuanto á Maffio, en el primer vapor marchó para Europa.

¿Y Emma? me preguntareis...

Continué concurrendo asiduamente todas ó al menos casi todas las noches á casa de Mister Jamesson á tomar el té. Así es que pude continuar á mi sabor la conversacion interrumpida por la llegada de Cagliostro.

Una noche, despues del té, propuso Mister Jamesson un rato de paseo por la azotea contigua á la *cayda*, en que como he dicho se reunia la tertulia. La proposición fué aceptada por unanimidad y con entusiasmo. Me hallaba al lado de Emma y naturalmente pude ofrecerle mi brazo.

La noche estaba hermosísima, hacia una luna clara como nunca. La azotea dominaba un extenso jardín, al que se bajaba por una elegante escalinata: la tentación era, pues, grande. A la segunda vuelta por la azotea, sin que nadie hubiera dicho una palabra y sin embargo de comun acuerdo, bajamos al jardín.

Cada pareja marchó por su lado. La confianza, que es la base de las costumbres inglesas, permitía esto en casa del cónsul inglés.

Bien pronto Emma y yo nos hallamos separados de los demás. Creí llegada la hora suprema de los enamorados. No habíamos pronunciado una palabra, y sin embargo nos comprendíamos.

—*Will you be engaged with me?* murmuré al fin á su oído, al mismo tiempo que cogía la mano que se apoyaba temblorosa sobre mi brazo.

Esa frase inglesa quiere decir literalmente: ¿Quiere V. estar comprometida conmigo? Lo que significa: ¿Quiere V. tener relaciones conmigo? ¿Ser mi prometida, mi *fiancée*, como dicen los franceses, mi *novia*, como decimos nosotros.

—Sí, me contestó Emma en español, con voz dulcísima y sin retirar su mano, que me apresuré á llevar á mis labios.

Pocos días despues pedí su mano oficialmente á su padre y me fué concedida. El matrimonio debía verificarse seis meses despues. Pero en el intervalo mi pobre Emma murió. ¿A qué decir cuánto fué mi dolor? Basta con decir que la amaba verdaderamente. Llevé luto por ella cual si hubiera llegado á ser mi esposa. El luto ha terminado en mi vestido, pero lo llevaré mientras viva en mi corazón.

Para terminar mi relato, diré que el haberse realizado al pie de la letra los anuncios de Cagliostro me ha permitido dar á luz la historia de York y las predicciones de aquel. Sin embargo, no habiendo podido nunca adquirir la persuasión de que el magnetismo pudiera hacer hablar á un orangután, supliqué á Maffio procurase averiguar la verdad del caso. La contestación del conde de Villabianca fué que la manera con que él ha logrado explicarse un hecho tan singular es creyendo que Cagliostro es un gran ventríloco. Abandono, pues, esta explicación de mi amigo al criterio del lector.

F.

### LAS FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO EN PARIS.

No hay otro pueblo como el de París para saber procurarse variedad en sus diversiones: todo lo que tiene de parco en el número de las grandes fiestas que celebra, tiene de fastuoso cuando llega una de estas.

Buena prueba de esto és, la que ha tenido lugar el 15 de agosto, consagrada á solemnizar los días de su emperador.

Tan pronto como el cañon de los Inválidos anunció á los habitantes de la populosa ciudad la solemnidad nacional

del día, empezaron estos á esparcirse en dirección los unos á la esplanada de los Inválidos, otros á la Plaza del Trono, y otros hacia el Sena; mientras en todas las iglesias se celebraba una solemne misa y se cantaba un *Te-Deum* además de la que de igual modo, tenia lugar en la iglesia metropolitana y á que asistían diputaciones de los grandes Cuerpos del Estado, y de las autoridades civiles y militares. Simultáneamente tenia lugar la distribución de socorros á las familias indigentes en todos los distritos de París, por los alcaldes y por los individuos de los establecimientos de Beneficencia.

A las dos de la tarde descorríanse los telones de dos teatros de pantomimas militares que habían de alternar con otros dos de representaciones de acróbatas en la esplanada de los Inválidos, mientras en el Sena las canoas se apresaban á las regatas entre el puente de los Inválidos y el de Almas. Tambien á esta misma hora en la plaza del Trono ejecutaban sus representaciones en otros dos teatros especiales, colocados á derecha é izquierda *du Roud Point*, adornados con banderas y oriflamas, otras compañías de pantomimas militares y de volatineros.

Escusado parece decir el contento y animación de que se poseía aquella concurrencia, que llenaba los puntos donde tenían lugar estas fiestas.

Y sin embargo de que la muchedumbre era inmensa en todos ellos, con mas particularidad en la gran plaza de los Inválidos, donde á semejanza de los puestos, que abundan en nuestras veladas, aunque en mayor proporción, cubrian en dos filas toda la esplanada los de mercancías, dulces, licores, juguetes y otros; y en confusión con estos las tiendas, con enormes anuncios de juegos de todas clases, vistas, panoramas, y cuantas clases puede imaginar el pensamiento; sin embargo de todo esto, repetimos, un gentío inmenso tambien se agolpaba á los espectáculos gratuitos que estaban anunciados en el Teatro Imperial de la Opera, en el Francés, en los de la Opera cómica, del Vaudeville, de Variedades, del Gimnasio, del Palacio Real, de la Puerta de San Martín, de la *Gaité*, del Ambigu cómico, en el teatro imperial del Circo, en el Hipódromo y en los circos Napoleon y la emperatriz.

Uno de los acontecimientos que tuvieron tambien lugar en este día, á pesar de no haber sido comprendido en el programa, que se circuló con profusión, extractado del *Moniteur*, fué la inauguración de la fuente de San Miguel, que es un monumento notable por su arquitectura; está situado en el boulevard de Sebastopol; tiene 25 metros de altura, y arroja el caño de agua 25 litros por segundo. Una estatua que hay en el centro, representa á San Miguel humillando á Satanás, y á cada lado de la estatua dos columnas con otras de bronce, en que figuran las Virtudes.

Por la noche la iluminación general demostraba la parte que todos tomaban en las fiestas. No ya los edificios públicos adornados con esquisito gusto; no ya la multitud de banderas y vasos de colores, formando caprichosos adornos en las portadas de los mas notables edificios eran solamente lo que llamaba la atención: los palacios y edificios particulares, rivalizando en lujo y gusto con los del Estado, acababan por infundir en el ánimo el deseo de que tan agradables vistas no concluyesen nunca.

Entre las iluminaciones que mas encantadora vista presentaban, distinguíanse la del Campo de Marte, que era de luz eléctrica, y las del palacio de la Industria, el arco de triunfo de la Estrella, la columna *Vendôme* y la columna de Julio, cuyo grabado damos en el presente número.

Con dos vistas de fuegos artificiales, una en el puente de Jena y otra en la plaza del Trono, que empezaron á las nueve de la noche, se terminaron las fiestas del 15 de agosto, acaso las que con mas entusiasmo han tenido lugar hasta hoy en honor de Napoleon.

### AMOR GRAMÁTICO.

Hermosísima muger,  
Sintaxis de mi contento,  
oye benigna mi acento,  
y haz punto á mi padecer.

Pues aunque sé *conjuguar* temo á tu rigor esquivo si en el *modo indicativo* digo el *presente* de amar.

Pero no obstante me abona quien *accion* tal me sugiere, y á un *pronombre* se refiere de la *segunda persona*.

Mi recelo no te asombre, que al *traducir libremente*, soy yo la *persona agente*, amo el *verbo*, y tú el *pronombre*.

¡Ojalá el *acusativo* de tan sencilla *oracion* viniese á cambiar su *accion*, y á estar en *nominativo*!

Si frase tan espresiva decorásemos al par en *plural* y en *singular* por *activa* y por *pasiva*,

No te cause *admiracion* Mirarme tan *ablativo*, pues mi amor *superlativo* no admite *comparacion*.

Bien que el fuego que arde en mí *derivado* es de tu mérito, desde el instante *preterito primitivo* en que te ví.

Que al ver en tal ocasión  
tu rostro *plus quam-perfecto*,  
como *signo* de mi afecto  
se me fué una *interjección*.

Ora mis *palabras* mudo  
para obtener un buen fin,  
y aunque no *estudies* *latín*  
sabrás el *caso* que pido.

Oye amable la *lección*  
de este *alumno* del dios ciego,  
y á *renglon seguido* luego  
dime una *sola* *dicción*.

*Adverbial*, *afirmativa*,  
que me anuncie *concordancia*,  
y determine en *sustancia*  
*conjunción copulativa*.

Que aunque yo sea *defectivo*  
Escolástica adorable,  
es mi afán *indeclinable*  
y mi ardor *infinitivo*.

Por Hércules te aseguro  
que á tal grado mi amor llega,  
que me zampara en la *y griega*  
por ser tu esposo *futuro*.

Y aun lidiara con *Lucano*,  
*Terencio*, *Plauto*, *Nason*,  
con *Horacio*, *Ciceron*,  
*Salustio* y el *Mantuanio*.

Porque á impedirme no basta  
para hacer de ellos *espolio*,  
que estén impresos en folio,  
ni encuadrados en *pasta*.

Si no te soy *antipático*  
yo te enseñaré *Gramática*,  
y te haré una *catedrática*  
lo mismo que un *catedrático*.

Pero te pido por Dios  
que tu pecho *femenino*  
para el sexo *masculino*  
nunca sea *común* de dos.

Yo á tus pies pondré mi vida,  
y si aceptas mi *presente*,  
aunque siempre fui *regente*,  
seré tu *parte regida*.

En el placer ya me abismo...  
pero haré *punto final*,  
porque el *órgano vocal*  
no suelte algún *barbarismo*.

Queda con Dios, dueño amado,  
y hazle presto *concordante*,  
que tu sí *determinante*  
me va á hacer *determinado*.

J. M. LACORT.

## LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO OCTAVO, DIVIDIDO EN VARIAS HISTORIAS.

## LA REINA DE LA NIEVE.

HISTORIA TERCERA.

## EL JARDIN ENCANTADO.

¡Cuál estaba de inquieta la infeliz Gerda! Esperaba á Kay, y Kay no volvía. ¿Dónde podía estar? Nadie lo sabía; nadie había oído nuevas de él. Los muchachos decían que le habían visto arrastrado en su trineo por otro trineo muy grande y muy veloz; que había pasado así por varias calles de la ciudad, hasta fuera de las puertas; pero despues de esto nadie le había vuelto á ver. La pobre Gerda derramaba lágrimas, sollozaba y se afligía. La gente comenzó á decir que el muchacho Kay ya no volvería jamás á la ciudad: pues segun todas las apariencias había muerto, ahogado sin duda en el río que pasaba por cerca de la escuela. ¡Oh! ¡Y cuán largos, cuán terribles fueron aquellos tristes días de invierno!

Llegó la primavera, y trajo consigo los calorosos rayos del sol, y Gerda decía:

—¡Kay ha muerto! ¡Jamás volveré á verle!

—No lo creo yo así—interrumpió un rayo del sol.

—¡Ha muerto y no volveré jamás á verle!—repetía Gerda á las golondrinas.

—No lo creemos nosotras así, le contestaban ellas,—y Gerda recobró sus perdidas esperanzas.

—Me pondré mis zapatos nuevos de cordobán carmesí,—dijo un día.—Kay no los ha visto nunca. Con ellos puestos iré hacia el río, para saber nuevas de él.

Era muy de mañana. Dió un beso á su abuela que aun estaba durmiendo; se puso los zapatos y se fué solita, hacia fuera de la ciudad, camino del río.

—¿Es cierto preguntó á las aguas, que me habeis robado á mi compañero? Si me lo devolveis, os daré en regalo mis zapatos carmesíes.

Y le pareció como que las olas de la corriente le contestaban por medio de una seña singular. Se quitó entonces los zapatos, y los arrojó al río; pero las aguas los rechazaron devolviéndolos á la margen del río, cual si este no tuviese nada que devolver á la desconsolada niña en cambio de aquel objeto que Gerda tanto apreciaba.

Imaginóse ella que tal vez no los había arrojado bastante

lejos; por lo cual se metió dentro de un bote que estaba junto á la orilla; pasó al extremo de él, y desde allí con cuanta fuerza pudo volvió á arrojar sus zapatos hasta la mitad de la corriente; mas como el botecillo no estaba amarrado, con el peso de una persona que había entrado en él, se fué deslizándose de la arena en que se hallaba encallado y comenzó á dejarse arrastrar por las aguas.

Echólo de ver la abandonada Gerda, pero sobrado tarde, pues ya se hallaba la barquita en lo mas rápido de la corriente é iba precipitadamente bajando el río.

Asustada la infeliz, principió á sollozar, mas nadie oía sus sollozos sino las aveillas que revoloteaban por las márgenes del río, y ellas no podían llevarla otra vez á la orilla. Lo mas que hacían era ir la siguiendo á lo largo sin dejar de acompañarla con sus gorgeos, que decían, como para consolarla, «aquí estamos nosotras; aquí estamos contigo.»

El bote iba arrastrado por la corriente y Gerda sentada en él con solas las medias, que llevaba en los pies: los zapatos encarnados venían flotando en la estela que dejaba la barquilla detras de sí, mas sin poder alcanzarla, porque iba esta corriendo á cada instante con mayor rapidez.

Ambas orillas del río eran encantadoras. Había en ellas deliciosas flores, árboles frondosos y yerba fresca y verde en las pendientes, en donde pacían carneros y vacas, si bien no se veía en todos aquellos parajes ningún ser humano.

—Quizás la corriente me llevará hasta donde se halla Kay,—pensaba Gerda entre sí,—y con este pensamiento se ponía mas alegre y contemplaba con delicia por horas enteras las floridas márgenes que ante sus ojos se iban deslizándose, hasta que llegó frente de una anchurosa huerta de cerezas, que había en la vega, junto á una casilla cuyas ventanas eran de un extraño color mezclado de rojo y azul. El cobertizo era de paja y á la puerta estaban dos soldados de madera que presentaban las armas á cuantos por allí pasaban.

Gerda les habló pensando que estaban vivos; pero, como era natural, ellos nada le contestaron. La barquilla se fué en esto arrimando hasta tocar en la orilla.

Gerda gritó otra vez en voz mas alta, y á sus gritos salió de la casa una vieja que se apoyaba en una muleta y llevaba en la cabeza un sombrero de paja de ala ancha, con que resguardarse del sol, pintado de los mas gayos colores.

—¡Pobre niña!—esclamó la anciana.—Cuando pienso yo que ha salido solita á viajar por el mundo, por este rápido y caudaloso río! Y diciendo esto se llegó á la orilla, alcanzó con su muleta la estremidad del bote y ayudó á Gerda á que saltase en tierra.

La muchacha se alegró al sentirse en suelo firme, aunque no dejaba de desconcertarla mucho el aspecto vetusto de aquella extraña muger.

—¡Vaya! hijita, cuéntame lo que te ha sucedido, y cómo ha sido que hayas llegado hasta aquí—dijole la vieja.

Y Gerda se lo contó todo, y la vieja la iba escuchando y murmurando entre dientes: ¡Hum! ¡Hum! Y despues que Gerda hubo terminado su historia y preguntado á la muger si había visto á Kay, esta le contestó que hasta aquella hora todavía no le había visto pasar por aquel sitio; mas que bien pudiera ser que pasase mas tarde; por lo cual le aconsejaba que cobrase ánimo y tomase allí un poco de descanso, refrescándose con algunas cerezas, y examinando aquellas flores, que eran mas bonitas y verdaderas que cuantas había visto pintadas en los libros, pues no siempre estos dicen toda la verdad de las cosas.

Y así diciendo tomó á Gerda de la mano y se la llevó dentro de la casita, cerrando la puerta detras de ella.

Las ventanas estaban colocadas muy en lo alto, y como tenían los cristales de un viso rojo, azul y amarillo, daban á las habitaciones una extraña claridad. Encima de la mesa había una gran cantidad de esquisitas cerezas y Gerda pudo comer de ellas cuantas quiso. Mientras las estaba comiendo, la vieja se peinaba con un peine de oro, y sus rubios rizos se ponían lustrosos y suaves dando nuevo realce al fresco color de sus mejillas, que eran rosadas como la rosa de mayo.

—Hace tiempo que estaba yo deseando una niñita como tú,—dijole la vieja,—y vas á ver ahora cuán felices viviremos las dos juntas.

Despues de esto comenzó á peinar á Gerda, y esta, á medida que la iba peinando aquella muger, se iba olvidando gradualmente de su hermano adoptivo Kay, pues la vieja entendía de encantos, si bien no era del todo bruja, solo empleaba sus artes por pasar el tiempo y porque se había propuesto conservar á Gerda en su compañía. Con este objeto salió al jardín, y cuando allí estuvo fué tocando con su muletila todos los rosales, que aunque muy frondosos, cayeron todos al suelo, y desaparecieron al punto sin dejar traza alguna de sí, en el lugar que ocupaban. La vieja temía que la vista de los rosales recordase á Gerda el que esta tenía en su casa, y se renovase así en ella la memoria de Kay.

Hecho esto volvió á buscar á Gerda y se la llevó al jardín. ¡Qué hermoso era este! Todas las flores que imaginarse puedan, no importa de que estación del año, allí florecían. Ningun libro de selectas pinturas podría igualar á tanta belleza allí recogida. Gerda no cabía en sí de gozo al contemplar aquel delicioso espectáculo: allí permaneció saltando y brincando alegre hasta que se escondió el sol detras del cerezo mas elevado: luego se acostó sobre un lecho, con elegantes almohadas de seda y sembrado de olorosas violetas; y en él permaneció dormida, soñando tan apacibles ensueños como la mas opulenta reina en la noche de sus bodas.

Al siguiente día pudo jugar otra vez á su sabor con las florecillas que abrían de nuevo su cáliz á los rayos del sol y así se renovaron y pasaron días y dias sin que ella apenas lo sintiese. Conocía ya el nombre y el sitio de cada planta, el dibujo, el aroma y los matices de cada flor; sin embargo, parecíale como que entre todas ellas faltaba una, si bien no acertaba á recordar cual fuese. Un día, en que fijó por casualidad la mirada en el pintado sombrero de la vieja, notó que la mas linda de las flores que le servían de adorno era una rosa. Habíase olvidado la hechicera de quitarla de su

sombrero, cuando hizo desaparecer cuantas había en el jardín.

Pero así sucede con frecuencia, que no pensamos en todo lo que nos conviniera tener muy presente, y mas cuando la edad es avanzada y la mente débil.

—¡Cómo! ¿No hay aquí rosas?—esclamó Gerda, echando á correr rápidamente por todas las calles del jardín. En vano las recorrió. ¡Ni un rosal entre tanta variedad de flores! Volvió entonces á sentarse y comenzó á derramar lágrimas, y apenas una de estas cayó en el sitio mismo en que había antes un rosal, la amortiguada planta brotó de nuevo con su antigua vida, y levantose ufana, cubierta de hojas y coronada de vistosos y frescos pimpollos. Todos los fué besando Gerda, uno tras otro, y no pudo menos de recordar al punto el rosal que había dejado en su casa, y á su compañero Kay, para quien con tanto esmero lo había cultivado.

—¡Oh! ¡Cuánto tiempo he perdido en estos sitios!—esclamó entonces.—Andaba en busca de Kay, y todavía no le he encontrado. Decidme, rosas tiernas, ¿no sabeis vosotras donde está? ¿Pensais que haya muerto?

—No ha muerto todavía:—le contestaron las rosas.—Nosotras venimos ahora del paraje en donde reposan los que ya no son, y Kay no estaba entre ellos.

—¡Gracias!—dijo Gerda,—y fué luego á todas las demas plantas, examinándolas de flor en flor; y fijando los ojos en sus cálices, les preguntaba á unas tras otras:

—¿No sabeis en donde se halla Kay?

Pero todas las flores permanecían inmóviles, soñando con el sol y pensando cada una nada mas que en su propia historia.

Cuando llegó al lirio amarillo, este le dijo:

—¿Oyes el tambor? ¡Bum! ¡Bum! No dá sino dos sonidos: ¡Bum! ¡Bum! y siempre lo mismo. Oye la palabrería de las mugeres y el modo de hablar de los sacerdotes. La viuda del Indú está en pié envuelta en su holgado manto encarnado, junto á la pira funeral de su esposo. Circúndala las llamas lo mismo que al cadáver que allí se consume; pero la viuda del Indú no piensa sino en los vivientes que la rodean, y en aquel especialmente cuyas miradas son todavía mas vivas que aquellas llamas; en aquel cuyos ardientes ojos la inflaman, cual las llamas de la pira consumen el cadáver del esposo que fué.

¿Pueden las llamas del corazón extinguirse en las de la piedra funeral?

—¿Qué entiendo yo de todo esto?—replicó al lirio la sencilla Gerda.

—Esta es, sin embargo, mi historia:—dijo el lirio.

—Y qué,—dijole la correhuela?—Allá sobre aquella elevada roca domina un antiguo castillo feudal. La yedra se encarama y enreda, hoja tras hoja, por sus húmedas y ennegrecidas paredes, y alrededor del balcon, en donde se halla sentada una doncella que se asoma por la barandilla y no aparta los ojos del camino que pasa por debajo. No hay rosa mas colorada y lozana que ella. Jamás la flor del manzano al brotar en los retoños se mecía en las ramas con la gracia con que ella se mueve. ¡Y cuán rico se roza y cruje su traje de seda oriental! ¡Y qué! ¿Todavía no le veo llegar?...

—¿A quién? ¿A Kay?—la interrumpió Gerda.

—Yo estoy hablando de mi historia, de mi sueño:—replicó la correhuela.

—¿Y qué,—dijo la campanilla blanca?—Entre dos árboles hay colgada una tablilla atada con cordeles dorados. Es un columpio, en el cual dos lindas niñas vestidas del blanco de la nieve y adornadas con cintas verdes se están meciendo gozosas. Su hermanito, que es mayor que ellas, está de pié sobre la tabla y tiene asido con el brazo uno de los cordeles, pues lleva en una mano un vaso y en la otra una pipa de barro. Híncha con su soplo ampollas de tenue jabon; el columpio no cesa de balancearse, y las ampollas de caprichosos colores van una tras otra esparciéndose por el aire, mientras que queda siempre una de ellas pegada al extremo del tubo de la pipa, para reemplazar á la primera que se disipe con el choque del viento. Y se mece siempre el columpio; y en él se mecen las niñas; y un perrito mas ligero que las ampollas de jabon, se alza sobre los pies, queriendo saltar arriba del columpio; mas no alcanza á él, y vuelve á caer al suelo, y ladra, y se queja con dolor y las niñas lo azuzan y las ampollas se renuevan, crecen y se disipan. Una tabla que se mece y una espuma que se disipa: tal es mi canto.

—Podrá ser muy bonito; pero lo refieres en tono muy triste; y ni siquiera haces mencion de Kay.

¿Y qué,—dijeron los jacintos?—Hubo una vez tres hermanas, hermosas, sutiles y transparentes. Una de ellas iba vestida de encarnado, otra de azul y otra del mas cándido blanco. Bailaban las tres cogiéndose una á otra de la mano, cerca del lago silencioso y á la claridad de la luna. No eran sifides, sino hijas de la tierra. Percibióse de pronto una deliciosa fragancia, y desaparecieron las tres hermanas. Creció mas y mas aquel perfume encantador y descubriéronse en lo mas espeso de la selva que había junto al lago tres féretros resplandecientes, en que yacían las tres hermosas muchachas; y las luciérnagas revoloteaban alrededor de ellas, como otras tantas antorchas flotantes. ¿Estaban las tres niñas dormidas, ó difuntas? El aroma de las flores dice que son ya cadáveres, y la campana de la noche está doblando por su muerte.

—Me poneis muy triste,—dijo Gerda á los jacintos—y es tan fuerte vuestro aroma que me hace pensar en aquellas tres hermanas que murieron. ¿Si habrá muerto tambien mi compañero Kay? Las rosas que cayeron al suelo y renaciéron otra vez me dijeron que no.

—¡Din! ¡Dan!—tocaron las campanas de los jacintos.—Nosotros no doblamos por el muchacho Kay; pues ni siquiera le conocemos. Solo hacemos oír nuestro canto, que es el único que sabemos.

Y Gerda subió entonces hasta donde se hallaba la fáfara con sus verdes hojas relucientes, y le dijo:

—Tú, que luces como el sol, dime, si lo sabes, en donde podré hallar á mi perdido compañero.

La fáfara se sonrió, y miró suavemente á Gerda. Mas ¿qué canto podía cantar la fáfara? Ninguno que descubriese cuál era el destino de Kay, así, le dijo:

—Se reflejaban una mañana los rayos del sol con extraordinaria brillantez en un pequeño patio, y daban con toda su fuerza en las paredes de una casa vecina, al pie de las cuales abría su cáliz la primera flor amarilla, tan brillante como el sol mismo. La abuelita estaba sentada en su poltrona, tomando el fresco, y su nieta, que estaba de criada en una casa de campo, llegó aquel día á hacer una visita á su abuela. Al llegar le dió un beso; pero había oro en él; el oro del corazón. Oro había también aquella mañana en los rayos del sol; pero mas que todos sus rayos valía la nievecita. Esta es mi historia, acabó diciendo la fáfara.

—¡Pobre abuelita mia!—esclamó entonces Gerda.—No hay duda: ella está ahora desesperándose por verme de regreso, é inquieta acerca de mi suerte, como lo estaba acerca de la de Kay. No hay para qué interrogué ya mas á las flores, que nada saben sino su propio canto, ni me pueden dar nuevas de mi compañero. Y diciendo esto, comenzó á andar, recogiendo un poco el vestido para caminar mas de prisa, pero el narciso le asió el pie cuando ella pasaba por encima de él.

Paróse Gerda y habló á aquella donosa flor, preguntándole:

—¿Acaso sabes tú algo de su paradero?

Bajóse hasta muy cerca de la flor, para oír su respuesta, y el narciso comenzó á decirle:

—¡Yo puedo verme á mí mismo! ¡Cuán hermoso soy! ¡Qué delicioso perfume es el mío! Allí arriba hay un lindo bailarín, que unas veces se sostiene en un pie, otras en dos. A todo el mundo pisotea, pues todo él es engaño, desde los pies hasta la cabeza. Saca agua de la telera; baña con ella una tela que tiene en la mano, y con la cual se adorna. Allí cuelga de una percha su trage blanco, que también ha sido bañado en la telera. Se lo viste despues, y alrededor del cuello se pone un lindo pañuelo de color de azafrán, con lo cual aun parece mas blanco su vestido. Ahora levanta con gracia el pie... ¿le ves? ¡Me parece que me estoy viendo á mí mismo!

—¿Y qué me importa á mí todo esto?—dijo Gerda impacientemente; y echó á correr presurosa hasta la puerta del jardín. Estaba esta cerrada; pero puso el dedo en el pestillo y la puerta se abrió de par en par.

Gerda con los pies desnudos comenzó á correr otra vez, sin saber hacia donde caminaba. Volvióse á mirar para atrás, y se persuadió de que nadie la perseguía. Al cabo sintióse tan llena de cansancio, que tuvo que sentarse sobre la primera piedra que le brindó un asiento. Contempló entonces la escena que tenía alrededor y echó de ver con sorpresa que ya era otoño; lo cual no había podido notar mientras vivió en el jardín encantado.

—¡Infeliz de mí!—esclamó, —y cuánto me he demorado!—Es preciso que no me detenga mas; y haciendo un nuevo esfuerzo se levantó y comenzó otra vez á caminar.

Sus delicados pies apenas podían sostenerla. Todo lo que la rodeaba tenía un aspecto triste y mustio. Las largas hojas de los sauces estaban ya amarillas. Caíanse al suelo unas tras otras secas y sin vida; solo el endrino daba todavía fruto; pero era este tan amargo, que la pobre Gerda mal hubiera podido comerlo. ¡Ay! ¡Cuán árido! ¡Cuán falto de consuelos le parecía el mundo entero!

## VARIEDADES.

### ESTAR EN BERLINA.

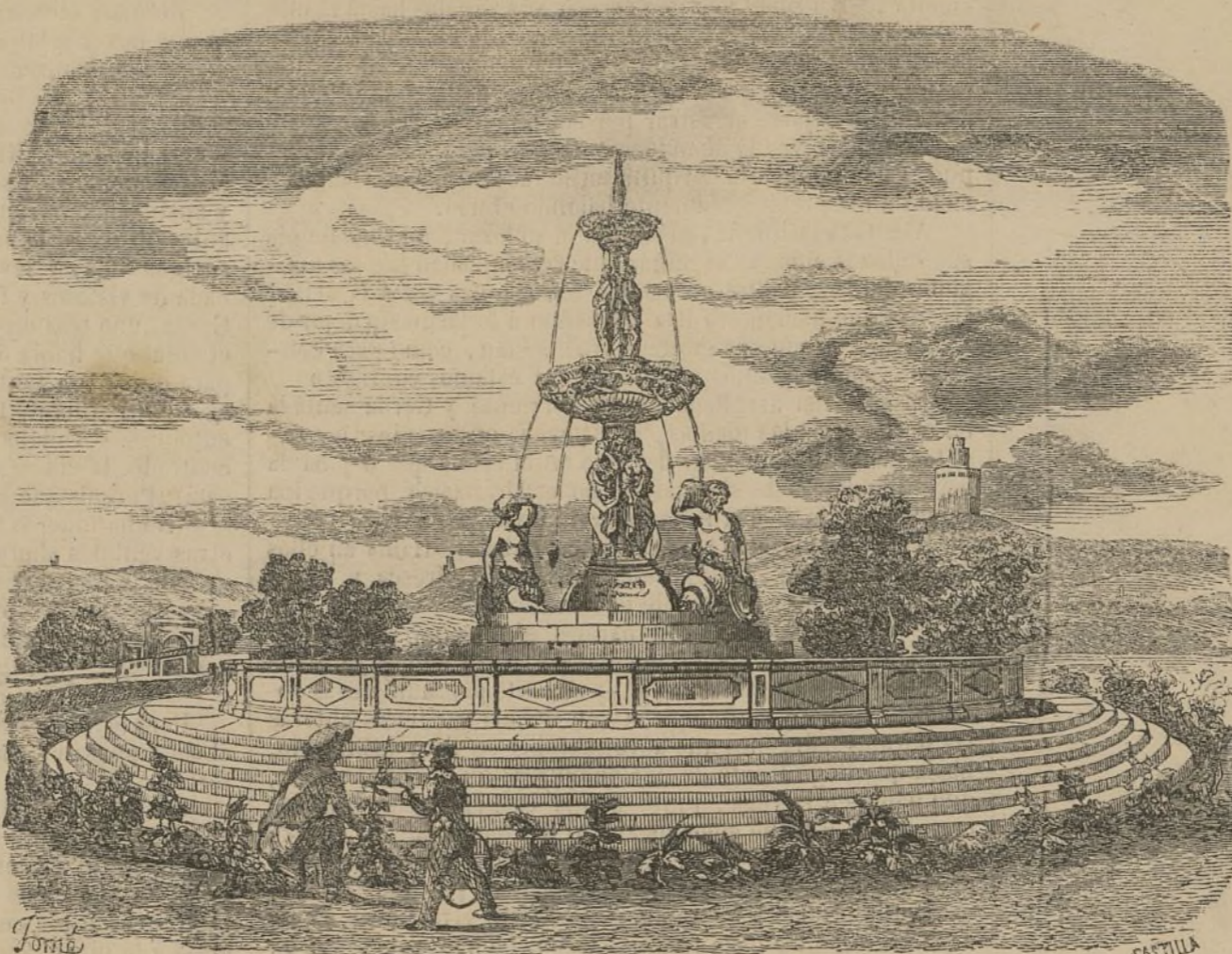
Lo mismo que estar á la expectativa pública, ocupar una posición crítica y por lo comun ridícula, atrayendo sobre sí la atención de la multitud.

Es con alusión á los primeros que iban montados en berlina, coches abiertos que principiaron á usarse en Berlín, capital de la Prusia, de cuya ciudad tomaron el nombre, inventado por Felipe Chiese, primer arquitecto de Federico-Guillermo.

Otros, sin embargo, atribuyen la invención de estos coches á los italianos, y que el nombre *berlina* le tomaron de una especie de catafalco, picota ó argolla en que esponen los reos á la vergüenza pública; de donde sería también muy natural el significado del proverbio *estar en berlina*.

### PEGA, PERO ESCUCHA.

Célebre contestación de Temístocles, que solemos á veces dar familiarmente al hombre testarudo, que sin querer escuchar razones se opone tenazmente á lo que le proponemos.



Fuente del Campo del Moro, en Madrid.

Estando reunido en Atenas un consejo de guerra de generales propuso Temístocles, uno de ellos, cierta medida que rechazó otro general espartano llamado Euríbiades. Insistiendo Temístocles en aquella idea, incomodóse Euríbiades y en un momento de acaloramiento levantó el palo para sacudirle, cuando Temístocles por toda contestación le dijo: *Pega, pero escucha.*

Sorprendido Euríbiades por tanta modestia y firmeza al mismo tiempo se contuvo, y escuchando las razones de Temístocles hubo por fin que aprobarlas y adherirse por consiguiente en un todo al plan que había propuesto.

## REFRÁN ANTIGUO.

CHARLATAN Y VALENTON,  
DOS COSAS EN UNA SON.

El refrán supone muy oportunamente que la charlatanería es propia de los jactanciosos, de guapos y valientes.

Entre nuestros «aforismos catalans» hay uno que dice:

L'home que fa del valent,  
Es darrer al somaten

Y siempre que de valentones se habla nos ocurre aquel célebre soneto burlesco de Cervantes, en el que con tanto gracejo se mofa de la valentonería andaluza: soneto de la especie que llaman «estrabote» por tener un terceto mas que los otros, es decir, diez y siete versos en vez de catorce.

Compúsole con motivo del suntuosísimo catafalco que se erigió en la catedral de Sevilla al fallecimiento de Felipe II, acaecido en 13 de setiembre de 1598, «monumento mortuario mas portentoso», como dice un cronista de aquellas exequias, «que humanos ojos hubiesen tenido la dicha de ver».

Dice así el soneto:

«Voto á Dios que me espanta esta grandeza  
Y que diera un doblon por describilla:  
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla  
Esta máquina insigne, esta riqueza?  
Por Jesucristo vivo, cada pieza  
Vale mas de un millon, y que es mancilla  
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!  
Roma triunfante en ánimo y nobleza.  
Apostaré que el ánima del muerto,  
Por gozar este sitio, hoy ha dejado  
El cielo de que goza eternamente.—  
Esto oyó un valenton, y dijo: «Es cierto  
Cuanto dice vocacé, señor Soldado.»  
Y el que dijere lo contrario miente.—  
Y luego incontinentemente,  
Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.»

## LOCUCION COMUN.

### ES SU BENJAMIN.

Lo mismo que decir su hijo querido, el mas mimado de la familia, el predilecto de sus padres y en quien gozan y se complacen.

Es con relacion al último y mas amado hijo de los doce que tuvo el patriarca Jacob, por los años 2096 antes de Je-

sucristo, y el cual dió su nombre y fué el gefe de una de las doce tribus de Israel llamada tribu de Benjamín, situada en la Palestina entre las de Judá y de Efraín.

Raquel su madre le dió al nacer el nombre de BENONI, que quiere decir «Hijo de mi dolor», porque despues de un laborioso parto murió la pobre en él. Mas Jacob cambió luego el nombre del niño y le llamó BENJAMIN, esto es «hijo de la diestra», como si dijera, hijo muy amado, el báculo de mi vejez, etc.

«...imminente jam morte vocavit nomen filii sui Benoni, id. est filius doloris mei: pater vero appellavit eum Benjamin, id. est, filius dextræ.» Génesis, capítulo xxxv, vers. 18.

Con referencia al especial cariño que Jacob tuvo por su hijo Benjamín, aplicamos también este nombre á personas á las cuales se las muestra una predilección que no siempre está en armonía con la justicia ni el merecimiento.

## MODISMO ANTIGUO.

### ANDA QUE ES CHATA.

Lo mismo que decir no me acomoda lo que se me propone, siga la conversacion ó el negocio de que antes nos estábamos ocupando.

Hé aquí como cuenta el origen de este refrán uno de nuestros distinguidos escritores.

Llevaban á ahorcar caballero en un asno á un criminal joven y bien apuesto, y al pasar por delante del burdel, mancebía ó casa pública de mugeres, salió apresuradamente una de ellas y encarándose con el reo declaró que quería casarse con él, y de esta manera salvarle de la horca con arreglo á la jurisprudencia criminal que entonces parece regia. Mas el condenado, que no sería rana, reparando que la novia era horriblemente chata, volviéndose al verdugo que había detenido el paso del asno, le dijo:—ANDA QUE ES CHATA: es decir, arrea, dale al asno, siga la marcha, prefiero la horca á casar con muger tan desmesuradamente fea.

## BAILE ANTIGUO.

### ENTRADA DE PAVANA: SALIDA DE PAVANA.

Locucion ó modo de hablar con que se moteja al que viene con gran misterio ó con cierta seriedad á proponer ó solicitar alguna cosa inoportuna ó sin sustancia.

Díjose con alusión al antiguo y celebrado baile ó danza de escuela, muy generalizado en España desde poco antes de la dominación austriaca. Ejecutábase este baile, particularmente en su entrada y salida, con una afectada gravedad y con mucha pausa y mesura, remedando en cierta manera los pasos, movimientos y ostentación del pavo real, del que opinan tomó el nombre.

Esta opinion es mas fundada que la de los que creen, que el nombre *pavana* es corrupción de *paduana*, por suponer que este baile se inventó en Pádua.

Barcelona.

V. JOAQUIN BASTÚS.

## EPÍGRAMA.

Un literato de fama  
hizo un drama no muy bueno.  
y en la noche del estreno  
el público silbó el drama:  
al que la nueva le dió  
él le dijo: no te asombre,  
es que el público no vió  
puesto en el cartel mi nombre.

J. GARCIA DE LA FOZ.

Por todo lo no firmado,  
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,  
calle del Arco de Santa María, núm. 7.